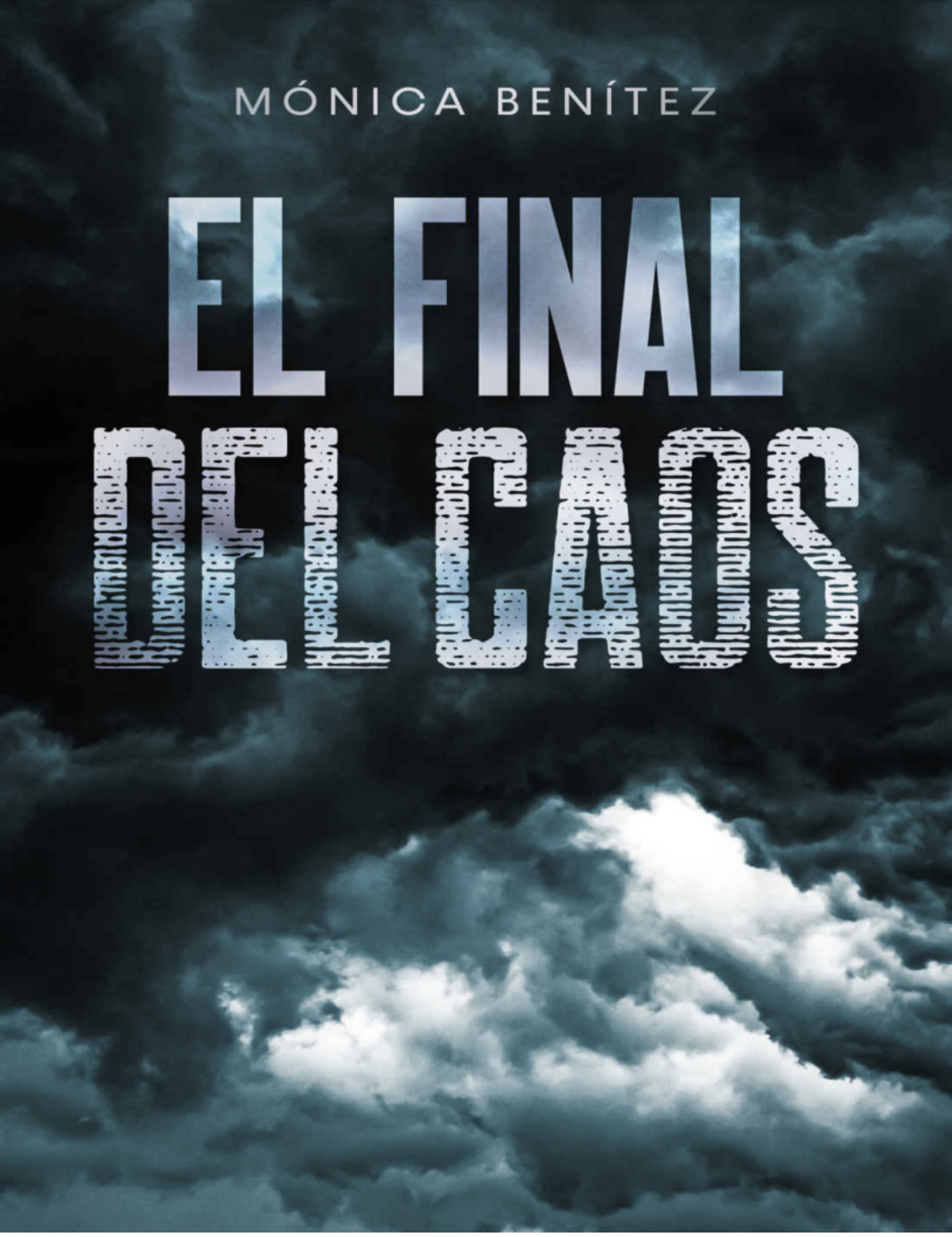
MÓNICA BENÍTEZ
EL FINAL
DEL CAOS

EL FINAL DEL CAOS

MÓNICA BENÍTEZ

Copyright © 2022 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2201270342045

https://monicabenitez.es
Twitter: @monicabntz

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Introducción

Nagore

Miro a Adriana durmiendo a mi lado y doy gracias de que sigamos con vida. Cuando tomamos la decisión de salir de nuestro refugio para ir a buscar a Marc y a Aina, jamás imaginé que la cosa aquí fuera estaría tan mal ni que nuestras vidas correrían tanto peligro. Una cosa era escuchar las advertencias de Martín sobre lo que escuchaba que sucedía fuera, y otra muy distinta vivirlo en nuestras propias carnes. Quiero pensar que de haberlo sabido con tanta certeza, la decisión hubiese sido otra, pero creo que no, cada vez tengo más claro que la especie humana es bastante estúpida y que si alguien nos hubiese advertido del peligro tan real, habríamos salido igualmente porque no nos lo hubiésemos creído.

Cuando aquel grupo nos asaltó en medio de la carretera y acabé secuestrada en manos del hombre más temido de la zona, recuerdo que no dejaba de pensar en lo poco que habíamos valorado lo que teníamos en el búnker al abandonarlo. Cualquiera mataría por disponer de un refugio como ese donde no falta la comida, el agua o la mayoría de las comodidades de las que disponíamos antes de que llegase el caos. Mientras dormitaba más cerca de la muerte que de la vida en aquel suelo húmedo y fangoso me decía a mí misma que si salía de esa, buscaría a Adriana y volveríamos al búnker para no salir.

Pero no lo hice, no cumplí aquello que me prometía una y otra vez. Adriana encontró ayuda en una mujer llamada Loli que no solo la salvó a ella, también utilizó sus contactos para rescatarme a mí. Nos dio cobijo bajo su techo y aquel hubiese sido el momento perfecto para recuperarnos un poco y volver a la que es nuestra casa ahora y, en lugar de eso, Adriana y yo decidimos que estábamos demasiado cerca de nuestro objetivo como para abandonar en ese momento. Sabía que era una locura seguir adelante, pero también sabía que si no lo hacía me arrepentiría el resto de mi vida, por no hablar de que todo lo que habíamos pasado hasta ese momento hubiese sido en vano.

Al día siguiente reemprendimos el camino y llegamos al pueblo donde Martín creía que estaban Marc y Aina con la intención de buscar casa por casa, sin embargo, no tuvimos que hacerlo porque una mujer, que después supimos que se llamaba Tatiana, dio con nosotras antes y nos encañonó con su arma pensando erróneamente que íbamos

a hacerle daño. En medio de todo aquel caos, apareció otro hombre que le disparó a ella y al que yo acabé matando temiendo que también nos disparase a nosotras.

Más tarde, ayudamos a la mujer a llegar a su casa, donde vivía con Santiago, su hijo minusválido y donde resultó que también se encontraban Marc y Aina. Ella los había estado cuidando después de que el padre de los niños los asaltase a ella y a su hijo en su propia casa y huyese dejando a los suyos propios después de que Santiago le disparase.

Y ahora estamos aquí, tratando de recuperarnos después de haber acordado con Tatiana que tanto los niños, como ella y su hijo, vendrán también con nosotras. La situación es delicada y la vuelta al búnker va a ser mucho más complicada de lo que habíamos previsto, pero si me preguntan si me arrepiento de la decisión que tomamos Adriana y yo hace unas semanas, la respuesta es no, ayudar a estas personas me hace sentir bien conmigo misma y creo que por ello, merece la pena el riesgo.

Capítulo 1

18 de julio de 2024, jueves
Tatiana

Casi una semana, ese es el tiempo que ha pasado desde que Nagore y Adriana aparecieron en nuestra casa y, en cambio, yo me siento como si toda la pesadilla que vivimos aquel día hubiese quedado atrás hace mucho tiempo.

No voy a negar que a pesar de la oferta que me hicieron y de que respondieron a todas mis preguntas sin reparo, tenía muchas reticencias sobre ellas al principio. No dejaban de ser unas completas desconocidas que habían recorrido más de sesenta kilómetros jugándose la vida para ayudar a unos niños que no tenían nada que ver con ellas. Me resultaba extraño, básicamente porque a estas alturas no hay mucha gente que haga cosas de forma desinteresada, pero poco a poco, de alguna manera que me ha pasado desapercibida, las dos se han ganado mi confianza y también la de mi hijo, que desde que sabe que Nagore es ingeniera no deja de bombardearla con preguntas.

Las he descubierto más de una vez en una actitud demasiado cariñosa como para que solo sean amigas, sé que no es de mi incumbencia y tampoco voy a preguntarles, sin embargo, reconozco que me dan mucha envidia sana. Echo de menos tener a alguien en quien apoyarme y de quien recibir y dar cariño. Las situaciones como esta se llevan mejor si puedes compartirlas con alguien, no obstante, Ángel ya no está, y difícilmente conoceré a alguien tal y como está la cosa.

Adriana estuvo reposando la pierna prácticamente tres días seguidos y su cojera ha desaparecido por completo. Mi herida de bala, a pesar de que las tres temíamos una posible infección, no ha sido más que eso, una herida que está cicatrizando perfectamente, aunque todavía hay algunos movimientos que me recuerdan con una punzada de dolor la suerte que tuve de que la bala no alcanzase ningún órgano vital. La inflamación del ojo de Nagore también ha remitido y ahora ya puede abrirlo casi del todo, aunque tiene un hematoma que parece cambiar de color cada día.

Cinco días prácticamente sin salir de casa dan para mucho. Los niños son encantadores, aunque Aina es bastante reservada y no hace

ni dice nada si no está su hermano delante. Ayer les explicamos de la mejor forma posible que su padre ya no va a volver, pero que ya no volverán a estar solos nunca porque nos tienen a todos nosotros y vamos a cuidar de ellos. Aina lloró unos instantes en una pena que parecía fingida, como si su pequeño cerebro infantil le hubiese ordenado hacerlo porque eso era lo que tocaba. Digo unos instantes porque en cuanto se dio cuenta de que su hermano no soltaba ni una sola lágrima, dejó de hacerlo. Me gustaría saber qué es lo que pasa por la cabeza de Marc, Aina es muy pequeña y no se ha dado cuenta de muchas cosas, y de las que sí que lo ha hecho, es posible que se olvide muy pronto, pero él no, por desgracia él ha sido muy consciente de casi todo y por más que intentamos que hable y se desahogue, no conseguimos nada, al único que le cuenta algún detalle de forma distraída alguna vez, es a Santiago.

Santi está feliz, hacía mucho tiempo que no lo veía así. Creo que, aunque me provoque unos pocos de celos que no puedo evitar sentir como madre, la llegada de Nagore le ha hecho mucho bien. Mi hijo es muy maduro para su edad y demasiado inteligente para estar todo el día encerrado en una casa al cargo de una chimenea y un huerto de patatas. Nagore le ha prometido que cuando lleguemos al búnker intentará fabricarle un esqueleto para las piernas que le permita ponerse en pie.

—¿Podré ayudarte? —preguntó emocionado—podrías enseñarme cómo se hace.

Yo me quedé atónita ante su reacción, en lugar de estar emocionado ante la posibilidad de ponerse en pie, parecía más entusiasmado con la idea de participar en el proceso de fabricación del aparato.

—Si tu madre está de acuerdo, por mí encantada, aunque te advierto que como profesora soy un desastre—contestó Nagore mirándome.

Yo aplaudí la idea y le di las gracias con un gesto de cabeza.

—Hora del parchís—anuncia Adriana dando una palmada que me saca de mis pensamientos.

Encontré un tablero de parchís en lo alto de un armario junto a una cajita con los dados, pero las fichas no aparecieron por ningún sitio y tuvimos que improvisar. Santi utiliza unos ladrillos blancos de una de sus maquetas, Adriana se ha quedado con los rojos y Nagore y yo fabricamos unas fichas con papel de aluminio. Nagore ha moldeado lo que serían cuatro peones de ajedrez, ninguno le ha salido igual y se parecen a cualquier cosa menos a eso. Yo fui más práctica, hice cuatro bolitas a las que les chafé un poco la base para que no rodasen por el tablero.

Con la excusa de que no se le da bien, Nagore deja que Marc juegue

por ella, aunque el niño está más pendiente de observar todos los movimientos para ver si alguien tiene oportunidad de comerse una ficha que de lanzar los dados. Aina se suele pasar las partidas pintando en una libreta delante del fuego, salvo ahora, que, para sorpresa de todos, se ha acercado a la mesa y le ha pedido a Adriana que la siente sobre sus piernas. Las tres nos miramos sorprendidas, pero no decimos nada que haga que Aina pueda pensar que ha hecho algo excepcional por miedo a que deje de hacerlo. Todos los niños tienen un referente, el de Marc parece ser mi hijo y Aina acaba de escoger a Adriana.

En mitad de la partida escuchamos un ruido que parece venir del exterior. Desde que ellas llegaron solo yo he salido un par de veces los dos últimos días y me he dado una vuelta por los alrededores del pueblo en busca de algún grupo extraño o alguien que resultase sospechoso de formar parte de la banda que secuestró a Nagore. Por ahora todo está normal, la única novedad es que una pareja de mediana edad con una niña adolescente parece haber ocupado una de las casas vacías de la calle.

Les pedimos a los niños que guarden silencio, ya les hemos explicado que hasta que no lleguemos a la nueva casa, debemos tener mucho cuidado. Adriana, Nagore y yo nos acercamos a la ventana con cuidado, pegándonos a la pared para observar de reojo. Se trata de un grupo de cuatro viajeros, tres chicos y una chica que caminan por la calle distraídos en una conversación escandalosa.

—Alguien debería recordarles que estamos en el apocalipsis y no en el Camino de Santiago—comenta Adriana haciendo un mohín.

Estoy con ella, llamar la atención de esa manera solo les puede suponer delatar su posición ante un grupo de gente más espabilada que les acabe robando todo lo que llevan, y eso con suerte. Por un momento me siento como cuando me escondo en el puente esperando a que pase alguien, valorando desde lejos si lo que llevan me puede resultar útil o, por el contrario, dejarlos continuar su camino sin más. Supongo que una vez empiezas es difícil dejarlo, ¿me he convertido en una ladrona?

—Deberíamos pensar en marcharnos—opina Nagore cuando volvemos a la mesa, Santi ha guardado el tablero y se ha marchado con los niños a la otra habitación—las tres estamos relativamente recuperadas y no tiene sentido permanecer aquí más tiempo de la cuenta, es un riesgo.

—Opino igual—responde Adriana.

—Y yo estoy de acuerdo—comento zanjando el debate.

Estos días de descanso me han venido bien, necesitaba relajarme, recuperar energía y poder dormir más de dos horas seguidas, pero debo reconocer que echo de menos la acción, necesito volver a salir y

reactivarme para sentirme útil.

Capítulo 2

18 de julio de 2024, jueves
Nagore

—¿Por dónde empezamos? —pregunta Tatiana mirándome a mí.

—Por conseguir las motos, eso es lo primero que necesitamos. Hemos de localizar al menos tres, conseguir que funcionen y que tengan el depósito de gasolina lleno.

—Hemos de pensar en la silla de ruedas de Santi, no podemos dejarla aquí—expone preocupada.

—Cierto, y la silla no nos la podemos llevar en una moto, vamos a necesitar que al menos uno de los vehículos sea un quad—opina Adriana.

—Eso va a ser más difícil de conseguir—dice cada vez más angustiada—con las motos no tendremos problemas, cuando asesinaron a mi marido una de las primeras cosas que hice fue saquear todas las casas vacías del pueblo, me fui colando una por una y recuerdo que en una de ellas había una moto en el garaje, las ruedas estaban sepultadas por el barro casi hasta la mitad, pero me imagino que con mucha paciencia podremos sacarla de ahí. Un quad ya es otra cosa—dice expulsando el aire por la nariz—yo no he visto ninguno por aquí, tendremos que ir a Piana y patearnos todas las calles a ver si hay suerte.

Nos quedamos calladas un instante, las tres sabemos que patearse las calles de ese pueblo no es tan sencillo, además, dudo que encontremos un quad aparcado en una calle esperándonos, si queremos uno vamos a tener que empezar a buscar dentro de los garajes, y eso multiplica por cien el riesgo.

—Empecemos por lo que sí que podemos hacer. Dices que sabes dónde hay una moto, vayamos a buscarla, está claro que necesitará una buena puesta en marcha y eso nos va a llevar algo de tiempo—propongo poniéndome en pie.

—No podemos ir las tres, alguna de nosotras ha de quedarse con los niños y yo soy la única que sabe dónde está esa moto—dice Tatiana.

—Me quedo yo—se ofrece Adriana—esta casa tiene garaje, ¿no?

—Sí, aunque no me he ocupado de arreglarlo demasiado, todo quedó hecho un desastre después de la inundación.

—No me importa, lo que me interesa saber es si hay herramientas que puedan servir.

—Mi marido era un manitas, era él quién le hacía la puesta a punto al coche, así que supongo que algo podrás utilizar.

—Perfecto, vosotras id a buscar esa moto, mientras, yo iré al garaje y buscaré todo lo que me pueda ser de utilidad—resuelve Adriana contenta.

Quizá sería interesante aclararle a Tatiana y a su cara de estupefacción, que Adriana tenía un taller de motos y que se ha dedicado a repararlas desde muy joven. Avisando a Santi de que salimos para que esté atento y dejando a Adriana en el garaje, Tatiana y yo salimos de la casa, y en mi caso, es la primera vez desde que entré en ella.

Cuando salimos hago una respiración profunda y dejo que mis pulmones se llenen de aire puro. Pienso en Santi y en el tiempo que lleva recluido por culpa de su movilidad reducida, se merece que nos esforcemos para sacarlo de aquí y le ofrezcamos un poco más de aire que el que puede respirar en la terraza de su casa. Me pongo la capucha de la sudadera como medida de precaución para que nadie me reconozca, el alcalde debe tener soplones en todos los rincones y si realmente me busca, no me conviene que nadie me delate.

—Deberías haberte quedado tú, esto ha sido un riesgo estúpido—comenta Tatiana frunciendo el ceño.

—Hemos perdido cinco días descansando, ahora que estamos bien y hemos decidido que es el momento de ponernos en marcha, hemos de ser lo más productivas posible. Adriana es mecánica—digo por fin haciendo que Tatiana alce las cejas de forma brusca—mientras nosotras localizamos esa moto y se la llevamos, ella puede organizar todas las herramientas útiles, cosa que tú o yo no podemos hacer.

—Tienes razón, es por aquí—indica torciendo a la derecha mientras yo me meto las manos en los bolsillos ocultando la pistola. Tatiana es más descarada y sostiene una escopeta que no dudará en utilizar.

El aire es frío y por mucho tiempo que pasa, no logro acostumbrarme a la idea de que estemos en pleno mes de julio y no haga un calor abrasador. Hoy casi no hay niebla en comparación a los días anteriores, pero sopla un viento suave de esos que se te meten por el cuello y te hacen estremecerte.

—Viene alguien, camina detrás de mí—me advierte Tatiana.

Está claro que esta mujer está acostumbrada a controlarlo todo, lo ha aprendido de forma forzosa en los últimos meses y su atención a cualquier ruido es sorprendente. La persona en cuestión es un hombre de unos cincuenta años, de aspecto rudo y muy corpulento. Siento un nudo de ansiedad instalarse de manera automática en el centro de mi pecho. Me pongo en tensión y de forma nerviosa y compulsiva doy

toquecitos al gatillo de la pistola con la punta del dedo, sabedora de que como se dispare me agujereo el pie.

Conforme se acerca a nosotras me fijo en que lleva una cesta de la que salen varias hierbas que probablemente ha recogido en la montaña.

—¿Lo conoces? —le pregunto a Tatiana en un susurro que delata mi nerviosismo.

—No, no es del pueblo, pero es probable que haya ocupado alguna de las casas vacías.

Llega el momento que más temo, ese en el que inevitablemente nos vamos a cruzar con él. El corazón se me va a salir por la boca y estoy apretando los dientes con tanta fuerza que me duele la mandíbula. El hombre nos mira sin alterar su gesto, pasa por nuestro lado y sigue su camino sin más. Yo no puedo evitar girarme cada medio metro hasta que se ha alejado lo suficiente como para que empiece a sentirme a salvo.

—¿Estás bien? —pregunta Tatiana poniendo su mano sobre mi brazo.

—Sí, es solo que, no sé, me he agobiado mucho—respondo con una sonrisa nerviosa.

Creo que me he quedado corta al describir mi agobio, realmente estoy tan tensa que incluso tengo ganas de llorar.

—Te agredieron brutalmente, Nagore, es normal que te asuste la presencia de cualquier desconocido—dice tranquilizándome—de todos modos, no era peligroso.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—No iba armado, con una mano sujetaba la cesta y la otra la llevaba agarrando la solapa de su chaqueta todo el rato. Si hubiese hecho un movimiento sospechoso yo habría tenido tiempo de sobra de apuntarle y dispararle si hubiese sido necesario—dice con una tranquilidad sorprendente.

No envidio lo que ha pasado Tatiana hasta convertirse en quién es ahora, pero sí que envidio su seguridad y también su habilidad para valorar la situación del entorno y el peligro. Mientras seguimos caminando no dejo de darle vueltas a lo que ha pasado, al miedo que he sentido y como este me ha paralizado. No lo comprendo, cuando aquel hombre disparó a Tatiana no dudé en dispararle a él, y ahora, frente a un hombre desarmado por poco se me escapa la orina de miedo. Me agobio tanto con ese tema que acabo compartiendo mi preocupación con Tatiana.

—No sé qué decirte, Nagore, quizá entonces no habías tenido tiempo de bajar la guardia y asumir todo lo que habías pasado, ni siquiera ser consciente de lo terriblemente peligrosa que fue la situación que viviste, y en estos días en casa descansando te has

relajado, lo has asumido y lo de ahora solo ha sido un episodio de estrés postraumático. Los primeros días después del asesinato de mi marido el miedo me paralizaba cada vez que me cruzaba con alguien, pensaba que en cualquier momento sacarían un cuchillo y me atacarían a mí también.

—¿Y cómo lograste que se te pasase? —pregunto con interés.

—No lo sé, supongo que se pasa solo o aprendes a vivir con ello. No te agobies, estamos armadas, si alguien nos ataca podemos defendernos—trata de tranquilizarme.

Expulso una gran cantidad de aire y continuamos caminando un par de calles más hasta que Tatiana se detiene.

—Es esa casa de ahí.

El dedo de Tatiana apunta hacia una casa muy parecida a la suya. Enormes paredes de piedra, una puerta pequeña para la entrada principal y una doble de madera para el garaje, delante de la cual hay montones de escombros.

—¿Cómo pudiste entrar por ahí? —pregunto pensativa.

—No lo hice, accedí al garaje por la puerta que hay desde el interior de la vivienda. Si la moto sigue ahí, tendremos que sacarla por dentro o apartar toda esa mierda.

—De acuerdo, pues no perdamos el tiempo.

Nos plantamos frente a la puerta de la vivienda después de estar un rato observando las ventanas del piso superior y no ver ningún movimiento.

—No te fíes, cuando yo entré no había nadie, pero, últimamente muchos viajeros ocupan casas en el pueblo.

Si ya estaba nerviosa, Tatiana acaba de meterme el miedo en el cuerpo otra vez, aunque se me pasa un poco cuando veo que la puerta está abierta. En su día Tatiana la forzó y nadie se ha molestado en hacer algún tipo de invento para cerrarla desde dentro, lo que nos lleva a pensar que no hay nadie. A pesar de ello, decidimos asegurarnos y recorrer cada habitación para no llevarnos una sorpresa desagradable.

Cuando Tatiana abre la puerta nos abofetea un olor fétido, que mezcla la podredumbre con el polvo y la humedad. Ambas nos tapamos la nariz y la boca con la manga unos instantes hasta que logramos adaptarnos un poco. Las ventanas del piso inferior proyectan un poco de luz hacia el interior, sin embargo, no la suficiente para ver bien por dónde pisamos. Enciendo una linterna y voy enfocándolo todo a nuestros pies. El barro está seco y agrietado como en las zonas donde llueve poco. Hay sillas volcadas, el sofá permanece inclinado hacia un lado como dándole la espalda al televisor, como si el agua lo hubiese hecho navegar por el comedor hasta que una parte quedó

encima de algo y la otra apoyó en el suelo con normalidad. Todo me parece surreal, y eso que ya he visto de todo por ahí fuera. Comprobamos el piso superior, donde solo quedan los muebles que nadie se ha podido llevar. Los armarios están abiertos y totalmente vacíos, pasa lo mismo con las mesillas de noche, de las que únicamente quedan las lámparas. Los armarios del baño también están vacíos.

—No han dejado ni la cortina de la ducha—dice Tatiana sin dejar de observarlo todo.

Entramos en la última habitación, que parece que se utilizaba de despacho. Todo el suelo está lleno de papeles, bolígrafos y fundas. Uno de los cajones está en su sitio y el otro tirado en el suelo frente a la puerta. Tatiana lo aparta con el pie, no sé para qué lo hace porque no tenemos ninguna intención de entrar al interior, pero al hacerlo algo se mueve de forma rápida hacia nosotras. Tatiana pega un salto y empieza a gritar de modo histérico. Eso me hace tener mucho más miedo porque no sé de qué se trata y tampoco he podido verlo con claridad.

—Deja de gritar—le pido angustiada.

Tatiana se gira de repente y antes de que me dé cuenta está en la otra punta del pasillo. Es cuando su cuerpo desaparece de mi campo de visión cuando la veo, una serpiente de casi un metro de largo medio zigzagueando a menos de un palmo de mi pie. Me impresiona tanto que, en lugar de gritar, lo que hago es saltar hacia un lado, coger el cajón que Tatiana ha apartado con el pie y golpearla de manera tan violenta que acabo partiendo su cuerpo de reptil por la mitad. Una vez hecho eso no me quedo para ver como sus partes todavía se retuercen, solo salgo corriendo de la habitación y voy hasta donde está Tatiana sin dejar de sentir escalofríos por todo el cuerpo.

De repente me entra una especie de ataque de pánico y empiezo a llorar mientras resoplo. No soporto las serpientes, más que miedo me producen un asco inmenso, y cada vez que pienso en que está ahí, a unos pocos metros, me estremezco de pura angustia.

—¿La has matado? —pregunta Tatiana pálida como una pared.

—No lo sé—sollozo, después me calmo de golpe y me entra una risa nerviosa que hace que Tatiana me mire como a una extraterrestre —lo siento, es que no puedo con esos bichos, prefiero las ratas.

—Yo ni una cosa ni la otra, aunque prefiero esto que las arañas— reconoce con una mueca de asco.

Sonrío, pero estoy tan nerviosa que me tiemblan las manos. Tatiana aparta unos cascotes de la escalera con el pie y se sienta en un peldaño.

—¿Qué haces? —pregunto sorprendida.

—Relajarme un poco—responde sacando un paquete de tabaco del

bolsillo.

Me siento a su lado después de echar un vistazo hacia el pasillo por si a la serpiente le diese por resucitar y perseguirme por haberla matado. Tatiana da una profunda calada y me ofrece el cigarro mientras expulsa el humo lentamente. Nunca he sido fumadora, pero ocasionalmente, en algún evento puntual sí que me he fumado alguno y decido aceptarlo.

—Encontré un par de paquetes entre las pertenencias de una mujer que trató de matarme—explica sin que yo le pregunte cuando le devuelvo el cigarro—nunca he fumado, pero desde que los tengo, de vez en cuando me fumo uno.

—¿Para relajarte? —pregunto aceptándolo de nuevo.

—Más que para relajarme creo que es como una excusa para tomarme cinco minutos para mí, para estar quieta sin pensar o preocuparme por nada.

Después de su explicación nos acabamos el resto del cigarro en silencio y comprendo lo que dice, ha sido una manera de abstraernos de todo durante un par de minutos.

—Se acabó el descanso—dice cuando lo apago en la pared—venga, vamos, debemos darnos prisa que con los gritos que he soltado antes nos habrán escuchado desde la otra punta del pueblo—me apremia bajando las escaleras.

Cuando me doy cuenta de que me ha dejado sola en la misma planta que la serpiente bajo como si me estuviese persiguiendo alguien.

Capítulo 3

18 de julio de 2024, jueves
Nagore

Al bajar a la planta inferior, Tatiana va directa hacia la puerta que comunica la casa con el garaje. La encontramos medio abierta, lo justo para pasar el cuerpo colocándonos de lado. Una vez dentro compruebo con la linterna que no hay nada que bloquee el movimiento de la puerta al otro lado, el problema es el mismo que hay en la calle con la puerta grande; el barro se secó a su alrededor.

—La moto está ahí—señala Tatiana hacia el fondo—pero si queremos sacarla vamos a tener que picar todo este barro.

No me hace falta la luz de la linterna, la puerta del garaje es de madera y el agua la ha podrido de tal forma que se ha agrietado por varios sitios que dejan entrar la claridad. La moto es una scooter de color negro que el agua hizo volcar de modo que quedó apoyada entre la pared y una bombona de butano. El barro cubre parte de la goma de la rueda trasera, pero no llega a la llanta.

—Tiene la llave puesta—exclamo sorprendida al verla.

—Bueno, yo también dejaba las llaves del coche puestas si lo tenía en el garaje, en los pueblos es algo bastante habitual—comenta Tatiana mientras comprueba que las ruedas están en buen estado.

De forma muy estúpida y todavía sorprendida de que tenga la llave puesta, la giro y le doy al botón de arranque, no esperaba que se pusiese en marcha, pero tampoco que hiciese el intento de hacerlo.

—No le des más que quemarás el motor de arranque—me regaña Tatiana apartándome la mano.

Me muerdo los carrillos para no sonreír, yo no soy experta en motos, sin embargo, es una muy buena noticia que no esté muerta del todo.

—Vale, busca algo con lo que quitar todo ese barro de la rueda, yo voy a quitar el de la puerta y nos largamos de aquí cuanto antes—ordena Tatiana.

Ella coge una maza de la mesa de herramientas y empieza a golpear el suelo de manera salvaje.

—Con cuidado, Tatiana, recuerda que tienes dos heridas—digo preocupada por su entusiasmo.

—Estoy bien—contesta sin dejar de estampar la maza contra el

barro para hacerlo pedazos.

Decido no mirarla porque me pone nerviosa, no veo gran cosa con lo que quitar el barro, así que cojo un destornillador de punta plana y me limito a clavarlo muy cerca de la rueda, de modo que, al hacer un poco de palanca los pedazos van saltando y poco a poco la goma de la rueda va quedando a la vista. La tarea por mi parte es entretenida y Tatiana acaba antes que yo, pero decidimos que es mejor no usar la maza en esta zona por si se nos va un poco la mano y acabamos dándole a la llanta. Mientras yo termino, ella se queda junto a la puerta de la casa echando un vistazo al exterior.

—Lista—grito cuando termino.

Tengo que hacer virguerías para sacar la moto porque la bombona de butano no me permite coger bien el manillar. Cuando por fin lo consigo, aviso a Tatiana para que me ayude a moverla y salvar el escalón que hay en la entrada de la vivienda.

Tatiana sale a la calle y mira en todas direcciones otra vez, después le damos un buen golpe a la puerta para que termine de abrirse y sacamos la moto. El tiempo ha empeorado mientras estábamos dentro. El cielo se ha cargado de nubes oscuras y silba un viento que se ha encargado de disipar la niebla que había. Empujar la moto en punto muerto cuesta lo suyo, además, algo roza en el disco de freno de una rueda y chirría cada vez que llega a ese punto.

—Vamos por aquí—decide Tatiana metiéndose por una calle por la que no hemos pasado al venir—es más llano y nos costará menos.

—¿Funciona? —la voz suena a nuestras espaldas y me eriza el vello de todo el cuerpo.

Nos giramos de inmediato y descubrimos a un chico de unos veintitantos años. Aparentemente, parece inofensivo, muy delgado, con gafas, un gorro por el que se escapan algunos mechones rubios y un tic en el lado derecho de la cara que hace que su mejilla se mueva hacia arriba como si quisiese guiñar un ojo. A pesar de su apariencia tímida e inofensiva tiene algo en la mirada que no me gusta, está vacía y oscura como cuando te mira un tiburón.

—Es evidente que no—responde Tatiana en tono gélido—no la estaríamos empujando si así fuese.

—En ese caso no os importará que me la lleve—el joven da un par de pasos hacia nosotras y lo hace con una tranquilidad que me asusta, como si nos estuviese dando tiempo para dejar la moto, salir corriendo y de esta manera salvar nuestras vidas.

—Tatiana—le susurro—creo que está ido, igual es mejor hacerle caso—digo realmente asustada, cuanto más se acerca más crece la sensación de que el diablo en persona camina hacia nosotras.

—No podemos dársela y lo sabes, la necesitamos.

Tiene razón, necesitamos al menos dos motos y un quad, y si

entregamos esta tendremos que empezar de cero con la búsqueda, y ya me parece bastante complicado encontrar otra y el quad como para añadir una moto extra.

—No te acerques más—Tatiana ha soltado la moto dejándomela a mí y ahora apunta al joven con la escopeta—no te vamos a entregar la moto, así que no compliques las cosas y vete por donde has venido—su voz suena firme, pero ahora que la conozco un poco más, puedo notar el grado de tensión en sus palabras, está asustada y no me extraña, la forma de mirar del chico da verdadero pánico.

Detiene su avance y esboza una sonrisa macabra que me hace estremecerme por completo.

—No me vas a disparar—dice convencido, con un tono de chulería de lo más irritante.

Ahí es cuando me doy cuenta de que todo es apariencia y el chaval un gilipollas que cree que porque es hombre podrá con dos mujeres, de las cuales una va claramente armada, y lo que él no sabe y le convendría saber, es que a Tatiana no le temblará el pulso a la hora de disparar, y creo que a mí tampoco.

El chico alza las manos y cabecea divertido a la vez que reanuda su avance, pensando estúpidamente que nos vamos a acobardar en algún momento y dejaremos la moto para salir corriendo espantadas. Tatiana carga la escopeta y lo advierte una vez más.

—No me subestimes, niñato de mierda, como des un paso más, te hago un agujero nuevo.

Le pongo el caballete a la moto y saco la pistola, apuntando al chico para dejarle claro que la cosa va en serio. Me mira algo sorprendido y veo la duda reflejada en su rostro un instante, pero, supongo que por una cuestión de orgullo y porque en el fondo sigue creyendo que ejerce algún poder de persuasión sobre nosotras, no se marcha, simplemente baja las manos y se las mete en los bolsillos mirándonos con expectación, como si esperase algo.

La adrenalina se dispara por mis venas y mis latidos se vuelven frenéticos en una especie de premonición. Me giro sin saber por qué lo hago, ha sido como un acto irracional y a la vez instintivo, y al hacerlo me doy cuenta de que el joven es una mera distracción y que el verdadero peligro está detrás de nosotras. Hay dos hombres que se acercaban de manera sigilosa mientras él hacia su papel de señuelo, y a uno de ellos me lo encuentro tan pegado a mí, que cuando intento levantar el arma para dispararle me golpea la mano con violencia y el arma sale volando un par de metros antes de caer al suelo. Un disparo atronador suena detrás de mí haciendo que los oídos comiencen a pitarme. El corazón se me termina de desbocar cuando pienso en que hayan herido a Tatiana, pero, al girarme, veo que la que ha disparado ha sido ella, un disparo al aire que ha hecho que los tres agresores se

encojan en una posición defensiva.

Aprovecho ese momento para recuperar el arma y colocarme al lado de Tatiana. Ellos se incorporan al ver que no hay más disparos y yo apunto a los dos que pretendían aprovechar el factor sorpresa para atacarnos por la espalda y Tatiana apunta al chico.

—No van armados—susurro en voz alta, más por la sorpresa que porque Tatiana me oiga.

—No, pretendían asustarnos—contesta cabreada—ponte con ellos —le ordena al joven de mirada oscura y tétrica.

El chico, que ha perdido toda esa chulería y está pálido del susto, se planta en dos zancadas al lado de sus colegas.

—Voy a contar hasta cinco y ese es el tiempo que tenéis para desaparecer. Si cuando llegue a cinco seguís por aquí, os iré volando la cabeza uno por uno.

Tatiana no necesita empezar a contar, los tres salen corriendo calle abajo y desaparecen por la plaza en cuestión de segundos.

—Joder—bufo dejando salir toda la tensión en una exhalación.

Tatiana, que parece haberse convertido en *Sarah Connor*, sonríe incrédula y se permite un par de segundos para procesar lo sucedido, después se cuelga la escopeta, le quita el caballete a la moto y empieza a empujar.

—Vamos, las cosas cada vez se están poniendo más feas en este pueblo de mierda.

Guardo la pistola y apoyo las manos en la parte trasera de la moto para ayudarla a empujar mientras pienso en que no siempre vamos a tener la suerte de nuestro lado.

Capítulo 4

18 de julio de 2024, jueves
Adriana

Me sorprende la cantidad de cosas útiles que encuentro en el garaje de Tatiana a pesar del mal estado en el que se encuentra todo, está claro que su marido debía de ser un manitas que se atrevía con cualquier cosa, porque he encontrado incluso un soldador.

He colocado todo lo que puede ser de utilidad para reparar vehículos sobre una mesa de hierro cuyas patas se han oxidado. He limpiado las herramientas, algunas llenas de polvo y otras de barro, y ahora estoy buscando algo con lo que engrasar la rueda oxidada de una llave inglesa, pero no hay nada que me sirva en el garaje y opto por subir a la primera planta para robar unas gotas de aceite de cocina.

Cuando abro la puerta que comunica el garaje con la casa y pongo un pie en el interior de la vivienda, escucho la voz de Santi y me entra un escalofrío.

—Aina, deja eso en el suelo con mucho cuidado—le pide con tono angustiado.

Yo me quedo paralizada tratando de adivinar lo que sucede o de escuchar la siguiente frase, no obstante, a las palabras de Santi les sigue un silencio inquietante que no presagia nada bueno.

—Aina…—vuelve a decir Santi.

Con la terrible sensación de que lo que sea que sucede no es bueno, corro escaleras arriba y cuando pongo un pie en el rellano del piso superior me detengo y me quedo paralizada como una estatua. Frente a mí, la silla de Santi con él dándome la espalda, frente a él, a una distancia de un par de metros, está Aina sujetando la recortada que Santi suele tener en el bolsillo de la silla. Observo a la pequeña, con sus diminutos dedos agarrando el arma como si fuese algo muy preciado que no quiere que le arrebaten. La mantiene pegada a su pecho en dirección vertical, de modo que si se dispara será ella misma la que se vuele la cabeza.

Su hermano permanece bajo el quicio de la puerta del baño observando la escena sin saber muy bien qué hacer.

—Aina, cariño, deja eso en el suelo que es muy peligroso—le pido en tono suave.

Aina me observa con sus enormes ojos verde esmeralda fijos en los míos y hace un leve gesto con la cabeza indicando que no.

—No sé cómo la ha cogido, Adriana, me he despistado—susurra Santi realmente angustiado—cuando me he girado estaba ahí, frente a mí con el arma en esa posición.

—No es culpa tuya, Santi—le digo para calmarlo, y lo pienso de verdad, un chico de su edad no debería tener un arma, pero las circunstancias son las que son.

—No se lo digas a mi madre…

—No lo haré, tranquilo. Marc, ven aquí—le pido sin alterar la voz.

Él mira a su hermana con la duda dibujada en el rostro, es consciente del peligro, aunque, demasiado pequeño para saber qué hacer o intentar quitarle el arma a su hermana.

—Marc, ven—le insisto—te prometo que no pasará nada.

El niño obedece y camina despacio hasta nosotros, colocándose detrás de la silla de Santi mientras se agarra con fuerza a las empuñaduras de esta.

—Entrad en la habitación y no salgáis hasta que yo lo diga—les ordeno en voz baja señalando una puerta a nuestra derecha.

Es Marc el que sin decir nada, empuja la silla de Santi hasta el interior. Cuando ya no están en el pasillo yo doy un paso hacia Aina con cuidado, pero, al verme, ella da un paso atrás y yo me detengo otra vez.

—Es culpa mía—escucho lamentarse a Santi.

Empiezo a estar muy nerviosa, jamás me había encontrado en una situación tan delicada como esta. Quiero pensar que la niña no tiene la fuerza suficiente para apretar el gatillo, a pesar de saber que la gente truca las armas y las hace más manejables, y yo no sé de dónde coño ha salido esta.

—No es culpa tuya—le insisto a Santi—sin embargo, necesito que me digas una cosa, ¿el gatillo va duro?

Me giro hacia él y al ver su cara de pánico me pongo en lo peor.

—Un poco sí, pero no demasiado, si aprieta con toda la mano quizá…

—Vale, no sigas. Aina, necesito que me des esa escopeta, te puedes hacer mucho daño con eso—le pido con suavidad.

Ella permanece inmóvil, e incluso me atrevería a decir que está asustada. Quizá comprende lo peligroso que es y no se atreve a soltarla, pero si cada vez que me acerco ella recula, no veo cómo puedo solucionar el problema.

—Cree que la vas a castigar—escucho decir a Marc.

—¿Castigarla?

—Es lo que mi padre haría, la encerraría en un armario mucho rato y después la dejaría sin comer.

Lo miro sin poder creerme lo que dice, sin embargo, el niño tiene el ceño fruncido y respira muy acelerado.

—No te voy a castigar, Aina, tú no has hecho nada malo—la niña parpadea un par de veces y cierra su boquita entreabierta para tragar saliva—lo único que tienes que hacer es darme la escopeta, ¿de acuerdo?

Aina asiente por fin, pero no se mueve del sitio.

—Ahora me acercaré despacio, tú quédate donde estás y no te muevas, ¿vale? Cuando guardemos la escopeta comeremos un poco y después jugaremos a un juego nuevo que he encontrado en el garaje, ¿te apetece?

—Sí—vocaliza finalmente.

—Bien, cariño—digo a la vez que comienzo a caminar hacia ella con cuidado de no asustarla—la verdad es que yo tengo mucha hambre. ¿Vosotros no? —pregunto a los chicos con total naturalidad.

—Mucha—contesta Santi de inmediato.

—Hoy, para celebrar que todo ha salido bien, abriremos una lata de olivas.

Aina sonríe ampliamente, porque resulta que algo tan simple como eso a ella le parece un manjar, el otro día abrimos una lata de olivas deshuesadas y tuvimos que detenerla para que no se las comiese todas. Cuando por fin llego hasta ella, me agacho para ponerme a su altura y lo primero que hago es coger el cañón del arma con una mano e inclinarlo hacia un lado para que deje de apuntar a su cabeza. Una vez hecho eso, le quito la manita del gatillo y finalmente, me hago con el arma.

Santi y Marc salen de la habitación justo en el momento que se escucha la puerta de la entrada.

—Somos nosotras—anuncia Tatiana para que estemos tranquilos.

—Marc, busca una lata de olivas y ponla en la mesa, que enseguida la abriremos—le pido.

Aina sonríe feliz y se va detrás de su hermano mientras yo le entrego la recortada a Santi.

—No sé si debo tenerla—dice todavía pálido por el susto.

—Sí que debes, Santi. Lo que ha pasado ha sido un accidente, ninguno podíamos prever que a Aina le iba a dar por coger la escopeta. Simplemente, ten más cuidado cuando ella esté cerca, nada más. Tu madre confía en ti, y nosotras también.

—Gracias—dice más tranquilo.

—Ahora ve con ellos, yo voy a ver por qué hacen tanto ruido esas dos—le digo removiéndole el pelo.

Tras calmarlo bajo al piso inferior y entro en el garaje, donde Tatiana y Nagore están poniéndole el caballete a una scooter.

—¡Guau! —exclamo sorprendida antes de besar a Nagore.

—Vaya, gracias por tu confianza—ironiza Nagore entornando los ojos de un modo que me hace desear que Tatiana desaparezca.

—La verdad es que no tenía muchas esperanzas de que la moto siguiese allí—reconozco haciendo un mohín.

—Pues ya ves, sudor y sangre nos ha costado.

—Y que lo digas—apunta Tatiana suspirando.

—¿Has fumado? —le pregunto a Nagore paladeando su sabor en mis labios.

—Unas caladas solo, para calmarnos—confiesa mordiéndose el labio.

—¿Habéis tenido problemas? —pregunto preocupada.

Nagore me explica lo de esos tipos que han tratado de robarles y me entra una especie de ansiedad que me agobia, la idea de que le suceda cualquier cosa es algo que me consume poco a poco si lo pienso. Decido omitir el episodio sucedido con Aina, en primer lugar, porque se lo he prometido a Santi, y en segundo porque bastante duro ha sido su día como para que ahora crean que incluso dentro de casa corremos peligro. Al final acabamos las tres riendo a carcajadas cuando Tatiana me explica que el motivo real de encender el cigarrillo, ha sido lo sucedido con la serpiente, entre las dos discuten sobre cuál de ellas ha pasado más miedo y yo me imagino la escena y me río como hacía tiempo que no lo hacía.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí? —pregunto acariciando el sillín de la moto cuando se me pasa la tontería.

—Algo que esperamos que puedas arreglar—contesta Tatiana—tiene el depósito de la gasolina casi lleno, pero no arranca.

Antes de que ella termine de hablar, giro la llave y pulso el botón de arranque. Lo hago un par de veces y me centro en el ruido que hace.

—¿Diagnóstico de la experta? —pregunta Nagore sonriente—danos buenas noticias, por favor, que con lo que nos ha costado conseguirla nos merecemos que tenga solución.

—La tiene, me preocupaba que fuese la batería, aunque no lo parece, creo que puede ser más un problema de obstrucción en el carburador o el filtro de aire. Después de comer me pondré con ella, ahora hemos de subir, que le he prometido a Aina que comeríamos olivas.

—¿Y eso? —se sorprende Tatiana—¿tan bien se han portado?

El día de las olivas acordamos sacarlas solo en ocasiones especiales para la niña, quizá sí que deba explicarles el percance, no puedo arriesgarme a que ella o su hermano hagan algún comentario sobre el tema y se enteren por ellos y no por mí.

—Sobre todo, no regañes a Santi, el pobre está muy agobiado con la cuestión—le pido a Tatiana en cuanto termino de relatar lo

sucedido.

—No es culpa de él, Santi no deja de ser un niño al que he cargado con la responsabilidad de un adulto. La culpa es mía—se lamenta Tatiana.

—No se trata de buscar culpables, estamos ante una situación que requiere medidas extremas para todos nosotros, lo hacemos lo mejor que podemos, y punto—zanja Nagore invitándonos a salir del garaje.

Capítulo 5

19 de julio de 2024, viernes
Tatiana

Hoy no hay ningún debate sobre quién debe salir a buscar más vehículos, Adriana estuvo desmontando la moto hasta que oscureció y la luz de las velas o las linternas no era suficiente. Así que seremos Nagore y yo de nuevo las que salgamos mientras ella se dedica a terminar de ponerla a punto.

—¿Cómo os conocisteis? —le pregunto a Nagore mientras reventamos la puerta de una casa para tratar de colarnos en el garaje.

Mi pregunta la sorprende casi tanto como a mí habérsela hecho, pero todavía me sorprendo más cuando me explica de forma resumida toda la historia del padre de Adriana y de cómo lo organizó todo para que ambas se conociesen y fuesen juntas al búnker.

—Aquí no hay nada útil salvo que queramos ir en bicicleta— suspira Nagore cuando después de inspeccionar la casa y asegurarnos de que no hay nadie, hemos entrado en el garaje.

—Deberíamos cogerlas—digo haciendo que me mire alucinada— piénsalo, es la tercera casa que profanamos esta mañana sin encontrar nada.

—No seas dramática, hay más casas, Tatiana—dice sin creerse que hable en serio.

—Sí que las hay, pero ya has visto que a la mayoría no podemos entrar porque las han ocupado, y vacías, ¿cuántas más piensas que encontraremos? ¿Dos, tres? Todas las de la parte baja del pueblo tienen las plantas inferiores barridas por los escombros, y con ello, todo lo que haya dentro.

—Estás muy pesimista hoy.

—No es pesimismo, la mayoría de la gente de este pueblo era muy mayor, y lo más parecido a algo con ruedas que utilizaban era un caminador.

—Está bien, si te quedas más tranquila nos las llevamos. Además, tienes razón—dice tras reflexionarlo unos segundos—no es una mala opción si no encontramos más vehículos.

Hay dos bicicletas de montaña, ambas colgadas sobre unos ganchos en la pared, por lo que no han sufrido ningún tipo de daño y lo único que acumulan es polvo.

—Será un engorro, pero Adri puede llevarse a Santi en la moto y nosotras a los niños con las bicis…

Nagore iba a continuar su frase, pero se ha detenido porque supongo que le pasa como a mí, que ha pensado en cómo llevar a los niños sobre ellas y no se imagina ningún modo cómodo de hacerlo. Aun así, las cogemos y las llevamos al garaje de mi casa.

—Son muy chulas, pero no tienen motor—bromea Adriana con cara de póker en cuanto nos ve entrar por la puerta.

—Mejor no preguntes, ¿todo bien por aquí? —le pregunto haciendo un gesto hacia el piso superior.

—Sin contratiempos, los niños hoy están muy tranquilos, además, han estado hablando un rato por la radio con Martín y ahora Blanca les está contando un cuento. Incluso Santi se estaba quedando medio dormido en la silla la última vez que he subido a echar un vistazo.

Sonrío al imaginármelos y Nagore y yo volvemos a salir. Una vez en la calle ella se mete las manos en los bolsillos después de colocarse la capucha y mira a un lado y a otro con desconfianza.

—Nadie nos ha seguido, nos hemos asegurado—le digo para tranquilizarla.

—Lo sé, pero no puedo evitar la sensación de inseguridad. Bueno, ¿qué propones? ¿Dónde crees que podemos encontrar más motos?

—En la carretera. He ido alguna vez hasta el siguiente pueblo y en la carretera hay muchos vehículos abandonados, motos incluidas. Obviamente, las han dejado ahí porque no funcionan y probablemente ya les hayan vaciado los depósitos de gasolina, no obstante, podemos probar suerte.

—Está bien—acepta nerviosa.

—Yo iré delante—digo cargando la escopeta—si vemos cualquier cosa rara volveremos.

Una vez cruzado el puente donde yo suelo asaltar a la gente, tardamos muy poco en llegar a la carretera. El tiempo comienza a estropearse con rapidez, y pasamos de tener un día medio despejado, a que una oleada de nubes negras arrastradas por un aire repentino cubra todo el cielo encapotándolo. Me subo la cremallera de la sudadera hasta el cuello y Nagore me imita. No entiendo como no nos ponemos enfermas más a menudo con el tiempo tan cambiante que hay últimamente.

Caminamos por un lateral de la carretera sorteando ramas, socavones en el asfalto, esqueletos de animales muertos y algún coche que otro. No nos cruzamos con nadie y hay un silencio sepulcral en la zona que solo se interrumpe con los silbidos del aire y el movimiento de las ramas de los árboles del bosque tanto a nuestra derecha como a nuestra izquierda.

—Me siento como si fuese la protagonista de una película de miedo

—susurra Nagore cuando un potente rayo impacta en alguna parte lejana iluminándolo todo durante unos segundos.

—Joder—digo impresionada—cada vez se está poniendo peor, quizá deberíamos volver—opino cada vez más inquieta.

—Pues yo creo que es el mejor momento para continuar, la gente estará buscando dónde guarecerse de la tormenta y eso nos deja vía libre—piensa ella.

Tiene razón, si hay un momento para caminar con más tranquilidad es este, siempre y cuando la tormenta se mantenga lejos de nosotras.

—De acuerdo, pero estemos atentas a esos rayos, si se acercan hay que irse.

Nagore asiente mientras se agacha junto a una moto parecida a la que ya tenemos. Entre las dos la levantamos del suelo, pero al hacerlo descubrimos que la llanta trasera está completamente doblada y todo el lateral que tocaba el asfalto hecho unos zorros.

—De este trasto no podemos aprovechar nada—digo dejándola caer.

A unos pocos metros vemos otra medio tumbada sobre un árbol. Es una de gran cilindrada y antes de llegar a ella ya nos damos cuenta de que tampoco servirá, alguien le ha arrancado la parte del marcador y lo único que hay es un amasijo de cables cortados.

—Comprobemos si tiene gasolina al menos—propone Nagore, a pesar de que ni en eso tenemos suerte y las primeras gotas de lluvia comienzan a caer.

Después de un nuevo rayo, un trueno ruge con furia haciendo que parezca que el suelo se va a abrir bajo nuestros pies. La sensación es realmente inquietante porque el asfalto ya está agrietado de por sí y eso aumenta la sensación de catástrofe inminente. Aun así, decidimos seguir pese a que la intensidad de la lluvia va en aumento.

Tras lo que calculo que habrán sido un par de kilómetros más, vemos dos motos tiradas una sobre la otra. Una corriente de aire nos hace clavarnos en el suelo para no perder la estabilidad y las dos nos miramos asustadas al ver con la fiereza que ha aumentado. Los árboles empiezan a sacudirse a un lado y a otro y en algunos casos, las puntas de las ramas se doblan hasta casi tocar el suelo.

Las dos corremos hasta las motos, las dos son de montaña, justo lo que nos haría falta, pero de nuevo, la decepción es máxima al descubrir que a una le falta la rueda trasera y tiene la cadena rota, y la otra tiene la palanca del cambio de marchas arrancada además del tubo de escape descolgado.

—Quizá de las dos Adriana pueda hacer una, aunque, es imposible que carguemos con ellas—cabecea Nagore frustrada.

—Olvídalo, como dices, no nos las podemos llevar. La tormenta empeora, Nagore—le digo casi gritando porque el ruido del aire lo

ensordece todo—los rayos caen cada vez más cerca y no es seguro estar aquí.

—De acuerdo, volvemos.

Decidimos que para la vuelta quizá no sea una mala idea correr un poco, ya que, no tenemos nada que mirar y la lluvia cada vez es más fuerte. Hacía meses que no veía una tormenta como esta y la idea de que se repitan aquellas lluvias torrenciales me inquieta. Corremos a un ritmo normal, sin embargo, pronto empiezo a notar cierta tirantez en las heridas y aminoro la marcha hasta que vuelvo a caminar.

—¿Te duele? —se preocupa Nagore adaptándose a mi ritmo.

—Me tira un poco, es incómodo.

—Vale, pues se acabó correr.

Un crujido que resuena por encima del ruido del viento nos hace girarnos asustadas. Las dos miramos a un lado y a otro de la carretera sin ver nada, también me fijo en los coches o entre los árboles por si hay alguien escondido, pero no veo nada.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Nagore asustada.

—No lo sé, pero ha sonado demasiado cerca, quizá deberíamos volver a correr un poco…

Antes de que logre terminar la frase el crujido se repite, esta vez con tanta fuerza que las dos tenemos claro que viene desde el lado derecho de la carretera. Cuando enfocamos, una rama gruesa como un poste de la luz, termina de quebrarse del tronco de un árbol y comienza a caer justo donde estamos. Nagore reacciona más rápido que yo y tira de mí para apartarnos de su trayectoria, logramos esquivar la parte gruesa, pero no que parte de las ramificaciones de la rama nos barran el cuerpo y nos hagan caer en la cuneta.

Me quedo quieta en el suelo, temblando como una hoja esperando a que llegue algo peor para golpearme, sin embargo, por suerte, no sucede nada más y poco a poco alzo la vista para mirar a un lado y a otro. Me encuentro con la mirada desconcertada de Nagore frente a mí, tiene un par de arañazos más en la cara añadidos a los rasguños que ya tenía.

—¿Estás bien? —le pregunto a la vez que aparto parte de las ramas y me pongo en pie.

Nagore asiente y acepta mi mano.

—¿Y tú?

—Sí, perfectamente, ayúdame a encontrar la escopeta y vámonos de aquí.

Buscamos bajo la pinaza verde de las ramas que se extienden como una manta cubriendo la zona hasta que la encontramos. La recojo y reanudamos el paso sin evitar mirar atrás cada pocos segundos, conscientes de la suerte que hemos tenido.

Una hora más tarde llegamos por fin a mi casa completamente empapadas y con la tensión de ver que los rayos caían cada vez más cerca, como si la tormenta nos estuviese persiguiendo.

—Menos mal, estaba preocupadísima—se queja Adriana en cuanto entramos por la puerta—¿dónde coño estabais? Joder, estás herida—dice al ver la cara rasguñada de Nagore.

Subimos a la planta superior y lo primero que hacemos es plantarnos delante del fuego. Santi ha avivado las llamas y eso nos ayuda a entrar en calor mientras nos quitamos la ropa mojada. Le explicamos a la mecánica lo sucedido y las tres reconocemos con pesar que nuestro plan de conseguir vehículos va a ser mucho más complicado de lo que esperábamos.

—La buena noticia es que la moto que trajisteis ya funciona—suspira Adriana.

—Es una gran noticia—reconozco—pero ahora tenemos que pensar en otra cosa, porque aquí es difícil que consigamos más, y traerlas desde tan lejos es imposible.

Nagore hace un gesto extraño como si acabase de recordar algo o hubiese tenido una revelación. Mira a Adriana y esta eleva las cejas como si de repente, se hubiese metido en el cerebro de su novia para leerle el pensamiento. Las dos se sonríen y yo hago una mueca de impaciencia.

—¿Se puede saber qué coño pensáis? —exijo saber disgustada.

—Ya sabemos de dónde podemos sacar otra moto—responde Adriana orgullosa.

—¿En serio? ¿De dónde?

—¡Loli! —exclaman las dos a la vez.

Capítulo 6

19 de julio de 2024, viernes
Nagore

—¿Quién es Loli? —pregunta Tatiana confusa.

—Una mujer que conocimos en Piana, le salvó la vida a Adriana y después la ayudó a rescatarme—explico sintiendo una punzada de ansiedad al recordarlo todo.

Adriana me coge de la mano y me aprieta con fuerza, a Tatiana no le pasa desapercibido el detalle y aparta la mirada cuando se siente descubierta. Noto que nuestra relación le causa bastante curiosidad y me pregunto si no será una de esas lesbianas dormidas que empiezan a cuestionar las cosas cuando consideran que ya es demasiado tarde. A veces siento la tentación de preguntarle si alguna vez ha estado con una mujer o si se ha sentido atraída por una, pero Adriana dice que es mejor no comentarle nada para no incomodarla, si tiene preguntas, ya las hará ella cuando se sienta preparada.

—¿Y esa mujer tiene una moto? —curiosea Tatiana con interés.

—Sí, al menos la tenía hasta hace poco más de una semana—contesta Adriana pensativa.

—¿Y qué os hace pensar que nos la va a dar así como así?

—Loli es una superviviente que hace lo necesario para mantenerse a salvo ella y a su hermana, y también es una buena mujer que, además, tiene contactos, quizá incluso sepa dónde hay un quad o pueda encontrar el modo de conseguirlo.

—Todo eso es muy bonito y estoy segura de que es muy buena mujer, sin embargo, las dos sabéis tan bien como yo que en los tiempos que corren nadie da nada a cambio de nada—afirma mirándonos fijamente mientras extiende las manos hacia el fuego para calentarlas.

—No esperamos que nos las dé gratis, su hermana está muy enferma y necesita medicinas que nosotras tenemos en el búnker, si nos ayuda, acordaré un punto de encuentro con ella y se las daré en cuanto todos estéis a salvo.

—¿Y cómo pretendéis hacerlo? —sigue cuestionando Tatiana, que no parece muy convencida—¿vamos allí y le pedimos la moto sin más?

—Creo que deberíamos trasladarnos allí y que ese sea nuestro

punto de partida—opina Adriana tras meditar unos segundos—aquí no estamos seguras, es cuestión de tiempo que la gente del alcalde dé con nosotras o que alguien decida que necesita esta casa para vivir. Tú misma has dicho en varias ocasiones que no paran de ocupar casas en el pueblo. ¿Cuánto tiempo creéis que tardarán en venir a esta, que es de las que mejor conservadas están?

—Adriana tiene razón—afirmo convencida—Loli tiene los medios para ofrecernos protección hasta que lo tengamos todo listo para marcharnos. Lo más probable es que se enfade y nos ladre en cuanto vea a tanta gente, pero no va a dejar a los niños y a Santiago en la calle, eso te lo aseguro. Además, fue ella misma la que nos dijo que si necesitábamos algo acudiésemos a ella—añado encogiendo los hombros.

—Eso es cierto—me secunda Adriana sonriendo.

—Tenemos una moto que ya funciona, si Loli nos da la otra solo nos faltará una. A las malas, podemos incluso hacer viajes de ida y vuelta, aunque para hacer algo así necesitaríamos mucha gasolina y eso supondría otro problema.

—No me lo digáis, Loli podría conseguirla—ironiza Tatiana.

—Seguramente. Lo ideal es que nos marchemos todos a la vez para exponernos lo mínimo posible, sin embargo, esa opción no se puede descartar como un plan de repuesto.

—De acuerdo, supongamos que me parece bien que irrumpamos en casa de esa buena señora sin más, pero os olvidáis de algo, sin el quad, Santi no puede llegar hasta allí, las ruedas de su silla acabarían destrozadas antes de salir del pueblo y no puedo permitir que se quede sin ella. Si queréis marcharos vosotras lo entiendo y lo respeto, os lleváis a Marc y Aina y mi hijo y yo nos quedaremos aquí.

—Puedo llegar, mamá—interrumpe Santi, que hasta ahora permanecía en silencio a nuestro lado mientras los niños juegan a dar saltos sobre la cama—ya estoy harto de estar aquí encerrado todo el día, pendiente de la ventana cuando tú te marchas y temblando cada vez que escucho un ruido o me parece que tardas demasiado. Quiero poder salir a la calle, montar una maqueta tranquilo o leer un libro sin temer que pase algo malo.

Tatiana escucha a su hijo sin parpadear, noto como la angustia se va dibujando en su rostro y la impotencia por no poder darle la felicidad que se merece se apodera de ella hasta consumirla. Su respiración se agita y traga saliva aguantando el tipo para no desmoronarse delante de él.

—Puedes salir de aquí, Santi—le dice Adriana para calmarlo—escucha, Tatiana, dijimos que nos iríamos todos juntos y eso es lo que haremos. ¿Entendido?

Tatiana asiente. Su barbilla comienza a temblar y, finalmente, no

aguanta más la presión y rompe a llorar. Santiago, contagiado por su madre, también se desmorona y ella se tira sobre él para abrazarlo. Adriana y yo, con un nudo de angustia estrangulando nuestras gargantas, nos levantamos y vamos con Marc y Aina para darles un poco de espacio. Los críos miran confusos la escena, pero Adriana enseguida los distrae subiendo a la cama para saltar con ellos. Yo temo por su rodilla, no obstante, tampoco quiero decirle que pare porque creo que ella también lo necesita.

Cuando todo se calma, preparamos la cena, que consiste en patatas asadas para nosotras y Santi, y un plato de sopa de sobre de los que traíamos en las mochilas para los niños.

—Santi puede ir en la moto con Adriana—digo cuando comenzamos a cenar.

Tatiana me mira, porque como madre entiendo que valora el peligro que puede suponer para él, no obstante, levanto una mano para que me deje terminar sin interrumpirme.

—No le pasará nada. Le pasaremos unos cinturones por debajo de las rodillas que a su vez estarán sujetos a la cintura de Adriana, así ella tendrá las piernas libres cuando tenga que parar. Para asegurar que los pies no se le van con los giros de la moto, se los ataremos con una cuerda entre sí por los tobillos. Sé que suena raro lo que digo, pero he pensado cómo hacerlo y será seguro para ambos.

—Está bien—concede Tatiana—yo puedo cargar con la silla plegada hasta allí, son solo unos siete kilómetros hasta Piana.

—Pesa mucho, mamá—protesta Santi.

—Tiene razón, y no hará falta que cargues con ella, también he tenido en cuenta eso. He visto que en el garaje tienes un carro pequeño con dos ruedas en el centro.

—Sí, estaba en la casa cuando la compramos y mi marido se negó a deshacerse de él a pesar de que nunca le hemos encontrado ninguna utilidad.

—Pues ahora la tendrá. Fijaremos la silla de Santi sobre él, la ataremos bien con cuerdas y después, con el rollo de alambre que tienes colgado en la pared del garaje, amarraremos el carro a la parte trasera de la moto de modo que parecerá un triciclo. Sé que parece una chapuza, pero como has dicho, son pocos kilómetros, si Adriana va despacio y evita los baches grandes, aguantará sin problemas.

—No consigo imaginarme el invento, sin embargo, si dices que funciona, te creeré.

—Claro que funcionará, mamá—dice Santi eufórico—por fin podré salir de aquí.

—Vale, pero hay otro problema. Si ellos van en la moto nosotras nos quedaremos demasiado rezagadas y no podremos ayudarlos si tienen problemas—explica preocupada.

—Es un recorrido corto, Tatiana, por muy lenta que vaya, yendo en moto no tardaremos más de veinte minutos. Santi llevará su recortada y yo la pistola, estaremos bien. Te aseguro que no dudaré en usarla si hace falta.

—Está bien—dice tras un silencio prolongado que estaba poniendo nervioso a Santi.

—Vale, pues si todas estamos de acuerdo, mañana nosotras fabricaremos el triciclo improvisado y en cuanto esté listo, subiremos a Santi en la moto y tú, yo y los niños—digo dirigiéndome a Tatiana—iremos caminando por el camino que nos mostró Loli para venir aquí, con ellos iremos más lentas y por allí no pasa nadie según ella.

—Sé que camino es—afirma Tatiana—antes paseaba por él algunas mañanas, incluso había llevado a Santi alguna vez, era muy llano y un lugar muy tranquilo. Ahora es como meterse en la selva.

—Cierto. Tú, Adri, tendrás que darnos un margen de hora y media antes de salir, si llegas antes que nosotras, no vas a poder bajar a Santi de la moto y no es aconsejable que os vean por allí parados.

—Lo sé, y tampoco puedo pedirle ayuda a Loli porque tendría que llamarla a gritos, eso suponiendo que no haya salido cuando lleguemos—comenta pensativa.

—Exacto.

—¿Y qué van a hacer? ¿Quedarse hora y media montados en la moto? —pregunta Tatiana incrédula.

—Eso mismo, os acompañaremos hasta el inicio del camino, hasta allí es todo llano y es un sitio tranquilo en el que esperar. Cuando pase la hora y media daré la vuelta y tomaremos la carretera.

Tatiana suelta un suspiro entrecortado, pero no dice nada más, sabe que debe ser así.

Tras ultimar los detalles de nuestro plan, todos nos vamos a la cama. Adriana y yo hemos improvisado un colchón con los cojines de un par de sillones que Tatiana tenía en el comedor y, aunque no es muy cómodo, es mucho mejor que dormir sobre el suelo. Me acurruco junto a ella bajo el saco abierto que utilizamos para taparnos y hundo la cara en su cuello buscando su calor. Echo de menos hacer el amor con ella de un modo que ya comienza a desesperarme.

—Para, que nos van a escuchar—dice susurrando entre risas cuando rozo su cintura con el dedo.

—Dime que no tienes ganas…

—Claro que tengo. Cuando volvamos a casa y me dé una buena ducha no vamos a salir de la cama en dos días, pero ahora estate quieta, pervertida.

Las dos nos reímos por su comentario y escuchamos a Tatiana revolverse bajo las sábanas, incómoda.

—Tú pasas más tiempo a solas con ella, ¿te ha comentado algo? —

pregunta Adriana en voz tan baja que por poco tengo que pedirle que me repita la pregunta.

—No, solo me ha preguntado cómo nos conocimos.

—Me da mucha lástima, desde que murió su marido debe de sentirse muy sola.

—Supongo que sí—digo antes de caer rendida al cansancio.

Capítulo 7

20 de julio de 2024, sábado
Nagore

Adriana y yo estamos metidas en el garaje desde que nos hemos levantado. Tatiana les ha preparado el desayuno a los niños, le ha pedido a Santi que meta lo que quiera llevarse en una mochila y ella ha salido a dar una vuelta por el pueblo para asegurarse de que no hay peligro.

—No ha quedado tan mal—opina Adri observando el carro una vez acoplado a la parte trasera de la moto. Hemos logrado que quede sujeto con firmeza y se mantenga bastante estable.

—¿Lo dudabas? —sonrío un poco prepotente.

—Bueno, no dudo de tus capacidades, pero teniendo en cuenta los medios que tenemos no estaba muy segura de que lo lográsemos.

—Hemos logrado muchas cosas últimamente, nos falta un último esfuerzo y todo volverá a la relativa normalidad que da la vida en el búnker. Sin duda somos muy afortunadas, y creo que hacemos bien en compartir eso con alguien más, la gente lo está pasando realmente mal.

—Lo sé, pero de haber sabido todo lo que nos iba a pasar, no tengo claro que me hubiese atrevido a venir—admite pasando la mano por el sillín.

—Supongo que yo tampoco.

Cuando Tatiana vuelve viene directa hacia el garaje y observa el invento haciendo un gesto de aprobación.

—Ya está lista, podemos irnos.

Tatiana se acerca y mueve el carro para comprobar su consistencia, entiendo su preocupación, hablamos de que este invento es el que transportará la silla de su hijo, lo único que le permite moverse con cierta independencia.

—Aguantará, Tatiana, confía en mí—le aseguro convencida.

—Hasta ahora no me habéis dado ningún motivo para desconfiar de vosotras. Subamos, recojamos lo que necesitemos y nos vamos. Fuera parece todo despejado.

—¿Sigue lloviendo? —le pregunta Adriana.

—Un poco, lo suficiente para mantener a la gente en sus refugios, si hay un buen momento para hacer esto es ahora.

Mientras Tatiana coge algunas cosas, nosotras contactamos con Martín y Blanca para explicarles la decisión que hemos tomado.

—Justo ahora iba a tratar de contactar con vosotras—responde Martín.

—¿Y eso? ¿Ha pasado algo? ¿Estáis todos bien? —pregunta Adriana como una ametralladora.

—Sí, por aquí todo va como siempre—los ladridos de Iron lo interrumpen y las dos nos reímos, como echo de menos a ese perro.

—¿Entonces qué pasa? —pregunto cuándo el perro deja de ladrar.

—Contadme vosotras primero.

Le explicamos que encontrar motos no está resultando tan fácil como esperábamos y la decisión que hemos tomado.

—Quizá es un poco precipitado—dice Adri—pero este pueblo se está volviendo cada vez más peligroso.

—Lo entiendo, no obstante, el pueblo al que vais es más peligroso todavía. Yo sigo atento a todas las comunicaciones que puedo interceptar por esa zona, por ahora no he escuchado hablar a nadie de vosotras, sin embargo, eso no significa que no os estén buscando—explica preocupado—si ese tío al que llaman alcalde lograse tener luz, se convertiría en el puto rey del mambo. Lo controlaría todo y a todos en la zona y sus matones harían cualquier cosa que les pidiese a cambio de un plato de comida caliente o una ducha. Yo no creo que haya dejado de buscar a Nagore, si yo fuese él, y sé que hay alguien que me puede proporcionar algo que me otorgue todavía más poder del que ya tengo, no dudaría en ir a buscarlo.

—Gracias por los ánimos, Martín, eres único.

—Lo digo en serio, por allí merodean sus matones, tenéis que evitar que os vean.

—Lo sabemos—responde Adriana—pero con la ayuda de Loli tenemos muchas más opciones, en este pueblo no queda nada que pueda servirnos sin que tengamos que arriesgar nuestras vidas para conseguirlo.

—Lo sé, Blanca y yo estamos fabricando una camilla para subir a Santiago por la montaña cuando lleguéis, considero que será el modo más seguro para subirlo hasta aquí—dice con la prudencia de no mencionar el búnker.

—Perfecto, ¿para qué ibas a contactarnos? —insiste Adriana inquieta.

—Por el tiempo.

—¿El tiempo? —repito confusa.

—Os habréis fijado en que llevamos un par de días de lluvias con tormenta eléctrica. Escucho una frecuencia donde se envían alertas y se explica la situación de muchos lugares. Piensan que esto podría ir a peor, que las lluvias se van a intensificar y que las tormentas eléctricas

pueden descargar enormes cantidades de rayos en cualquier sitio. De nuevo se habla de algo sin precedentes, pero como siempre, no pueden confirmar nada ni prever cuando va a empeorar.

—¿Cuándo has escuchado eso?

—Justo antes de hablar con vosotras. Puede no ser nada o ser un jodido desastre. Tenéis que volver cuanto antes.

—Ya, qué fácil es decirlo—dice Adriana suspirando.

—Lo sé. Id a casa de Loli a ver qué podéis conseguir. Yo voy a seguir con la camilla para tenerla lista y seguiré pensando opciones.

Cuando nos despedimos de Martín, comprobamos que Tatiana y Santi también han escuchado la conversación.

—La silla de Santiago tiene metal, si hay tormenta eléctrica…

Tatiana se lleva las manos a la cabeza angustiada, como si no tuviese suficientes preocupaciones, ahora tenemos que añadirle una más.

—No te alarmes tan pronto, Tatiana—le pido poniéndome en pie.

—Cómo no voy a alarmarme, tú y yo vimos ayer con nuestros propios ojos como una gran cantidad de rayos caía no muy lejos de nosotras. Precisamente tú, no deberías pedirme que esté tranquila.

—Lo que vimos fue algo aislado, toda la vida ha habido tormentas eléctricas, yo lo único que te pido es que no te agobies. No solo la silla de Santi tiene metal, también la moto, las mochilas, incluso la cremallera de tu chaqueta. No podemos ser pesimistas. Hemos de seguir el plan como habíamos pensado y hacerlo cuanto antes.

—Vale—concede resoplando—nosotros ya estamos listos. He improvisado unos chubasqueros con bolsas de basura para todos.

—Perfecto, pues si ya estamos, bajemos a Santi y subámoslo a la moto.

Entre Tatiana y yo, levantamos a Santiago pasando cada uno de sus brazos por encima de nuestros hombros, después Adriana le coge las piernas por detrás de las rodillas y bajamos las escaleras con cuidado. Una vez abajo, sentamos a Santi en una silla que habíamos provisto para eso, fijamos su silla tumbada sobre el carro improvisado y sacamos la moto a la calle. Adriana se coloca en su sitio como piloto y entre su madre y yo, logramos subir a Santi en la parte de detrás. Él se agarra a la cintura de Adriana para no caerse mientras nosotras le sujetamos las piernas tal y como dije ayer.

—¿Cómo estás, Santi? ¿Estás cómodo? —le pregunto limpiándome la lluvia de la cara, por ahora no llueve fuerte y no hay ni rastro de rayos, esperemos que siga así.

Tatiana le entrega su recortada y Santi la acomoda entre su cuerpo y el de Adriana.

—Estoy perfectamente—contesta con una sonrisa a la vez que alza el rostro hacia el cielo y aspira el aire puro de la calle por primera vez

en mucho tiempo.

—De acuerdo, vosotros id ya hacia la entrada del camino, es más seguro que estar aquí fuera esperando—les dice Tatiana después de darle un sonoro y prolongado beso a su hijo en la mejilla.

Yo beso a Adriana en los labios y ella enciende el motor y se marchan. Le hago una caricia en el brazo a Tatiana cuando veo como le tiembla la barbilla y le prometo que su hijo estará bien.

—Venga, ahora nosotras.

De inmediato, nos colgamos las mochilas y a Tatiana se le ocurre que podemos caminar más rápido si utilizamos las bicis que trajimos para llevar sentados a los niños.

—Si empujamos las bicicletas podremos ir a nuestro paso y no al de ellos—explica impaciente.

—Tienes razón.

Y así lo hacemos, me pongo una gorra y también la capucha de la sudadera para pasar desapercibida. Sacamos las bicicletas, yo monto a Marc en una y Tatiana a Aina en la otra.

—¿Os apetece dar un paseo? —les pregunta a ambos.

Los niños afirman con entusiasmo, sin duda esto es lo más divertido que han hecho en los últimos días.

—Vale, pues ahora tenéis que agarraros muy fuerte a nosotras y no soltaros, ¿de acuerdo?

—¿Te importa si nos desviamos un segundo? —me pregunta Tatiana muy seria—quiero despedirme de mi marido.

—Claro, sin problema.

Coloco las manos en el manillar por el lado izquierdo de la bici y Marc se agarra a mi mochila. Su hermana lo imita y empezamos a empujar las bicicletas. Sigo a Tatiana a no más de cien metros de su casa, hasta una parcela sin edificar por la que caminamos hasta que se detiene frente a un montículo de piedras.

—Le prometí a Santi que un día despejaría todo esto para que él pudiese venir a visitar a su padre. Iba a pedirle a Adriana que lo trajese con la moto—explica con la mirada perdida.

Yo sujeto el manillar de su bici y ella se agacha para arrancar algunas malas hierbas que hay alrededor de las piedras.

—¿Por qué no se lo has pedido? —pregunto intrigada.

—Porque ahora Santi está bien, y creo que traerlo aquí lo hubiese entristecido mucho. Llevo en la mochila un reloj que perteneció a Ángel, se lo daré a Santi cuando encuentre un momento de paz entre tanto caos.

Tras sus palabras, se besa los dedos de la mano y después la pasa sobre las piedras.

—Ya podemos irnos—dice cuando se pone en pie.

Las dos caminamos todo lo rápido que podemos y en cuestión de cinco minutos nos plantamos en el inicio del camino, donde Adriana y Santi nos esperan bajo la lluvia. Los niños los saludan como si fuesen los Reyes Magos en la cabalgata y ellos les devuelven el saludo haciéndolos reír. No nos detenemos, nos metemos por el camino y empezamos la cuenta atrás. Ahora hay que cruzar los dedos para que ni nosotros ni ellos nos encontremos ningún contratiempo. El tiempo corre en nuestra contra otra vez, si Martín tiene razón y se cumple lo que ha escuchado, estar en la calle no será seguro para nadie mientras duren las tormentas. Hemos de llegar al búnker antes de que comiencen.

Capítulo 8

20 de julio de 2024, sábado
Nagore

Sorprendentemente, hacemos todo el viaje sin incidentes. El tiempo se ha mantenido como estaba, los niños se han portado muy bien y Tatiana se sabía el camino de memoria pese a que hay tramos en los que la vegetación se confunde con la del resto del bosque y, al menos para mí, es imposible saber dónde está. Pese a ello, no hemos tenido problema con las bicicletas, ha sido fácil guiarlas y sortear todos los obstáculos, el problema lo tenemos ahora, que acabamos de llegar al pueblo y soy incapaz de orientarme.

—¿No sabes por dónde ir? —pregunta Tatiana con los ojos como platos.

No había previsto esto, tanto planearlo todo y no tengo en cuenta la parte más importante, llegar a casa de Loli. Cuando aquel tipo me llevó allí me encontraba tan mal que casi no recuerdo cómo lo hicimos, y mucho menos por dónde. Y cuando nos marchamos de casa de Loli lo hicimos de madrugada, en la oscuridad.

—Y con niebla muy densa…—digo en voz alta.

—¿Qué?

—Que había niebla el día que nos marchamos. Salimos muy temprano para evitar ser vistas.

—Madre mía, ¿y ahora qué hacemos? No pretenderás que demos vueltas por el pueblo, ¿no? —pregunta angustiada.

—No, sé que no tardamos mucho en llegar aquí. Sigamos esta calle hasta el final.

—De acuerdo, pero cúbrete mejor la cara.

Utilizo la braga de cuello que me he puesto antes para este momento y me la subo hasta que me tapa la boca y la nariz, de manera que, con esto y la capucha, lo único que se me ven son los ojos. Cuando llegamos al final de la calle nos ofrece dos posibilidades que me parecen iguales, elijo una al azar sin comentarle nada a Tatiana, que me sigue sin decir nada.

Trato de mostrarme tranquila, sin embargo, cada vez estoy más inquieta. Noto el sudor frío resbalando por mi espalda y el corazón me va tan deprisa que a veces tengo la sensación de que me ahogo.

—Por aquí ya hemos pasado, Nagore—dice Tatiana colocándose a

mi lado.

—Ya, lo siento—me disculpo cada vez más nerviosa.

—No te preocupes—dice colocando su mano en mi brazo—intenta relajarte y piensa.

No las tengo todas conmigo cuando trato de hacer lo que me dice, pero justo en ese momento, una ráfaga de aire trae un olor con ella que me resulta sumamente familiar.

—Marihuana—digo sonriendo.

—¿Qué dices? —pregunta Tatiana mirándome como si fuese de otro planeta.

Lo observo todo a mi alrededor tratando de centrarme y otra ráfaga vuelve a traer el olor como si lo hubiesen hecho a propósito para guiarme. Sigo el olor a la hierba de la risa por una de las calles y cuando llegamos al final, me giro hacia la izquierda de forma automática. Mis ojos se van hacia las casas que quedan en el lado derecho y rápidamente identifico la puerta de Loli. La reconozco porque al contrario que en el resto de las casas de la calle, en la planta baja de la suya se encuentra la armería que regentaba. También sale una columna de humo por la parte trasera y se ve una luz tenue en el interior, probablemente tiene algunas velas encendidas, ya que, con lo encapotado que está el cielo apenas entra luz en las casas.

—Es ahí.

Guío la bicicleta de Marc hasta la puerta y lo ayudo a bajar mientras Tatiana hace lo mismo con Aina.

—Qué suerte no habernos encontrado con nadie—susurra Tatiana todavía sorprendida.

A mí, en cambio, no me parece tan descabellado teniendo en cuenta que, aunque llueve poco, no ha parado, y en la situación actual a nadie le conviene mojarse porque no tiene modo de secar la ropa o simplemente no tiene más ropa que ponerse.

De las dos hojas de madera de la puerta exterior, una sigue sin cerrar bien y nos colamos por la abertura hasta encontrar la puerta de cristal. Llamo a la puerta con los nudillos un par de veces mientras Tatiana se asoma a un lado y a otro de la calle por si nuestra buena suerte de hoy se acaba y aparece alguien. Tras lo que parece el tiempo prudencial suficiente sin que haya respuesta, insisto, pero nadie viene a abrir y entonces pienso que, a lo mejor, Loli ha salido por algún motivo y en el interior solo está su hermana Luisa, a quién le tiene prohibido abrir la puerta a nadie.

Tras soltar un bufido y viendo que la reja metálica de acordeón está abierta, me da por girar la maneta y me llevo la sorpresa de que la puerta está abierta. Sin dudarlo, y pidiéndole a los niños que no hagan ruido para no asustar a Luisa, les digo que entren. La primera estancia corresponde a lo que era la tienda, y la moto de la que Loli se apropió

el día que nos asaltaron sigue ahí, apoyada contra la pared.

—Genial—digo sonriente mientras dejo la bicicleta apoyada en otra pared.

Nos quitamos las bolsas de basura que han servido para protegernos el cuerpo del agua, cojo a Marc de la mano y abro la siguiente puerta, la que da a ese salón que Loli acondicionó en la parte baja. La temperatura es mucho más agradable que la primera vez que estuve aquí, sobre todo en comparación a la exterior, guío a los niños hasta ese sofá de cuero rasgado y les pido que se sienten y no hagan ruido.

—Loli habrá salido, voy al piso superior, ahí es donde suele estar su hermana—le comento a Tatiana.

—De acuerdo, yo estaré atenta a la puerta por si llegan Adriana y Santi, ¿qué hago si aparece la tal Loli? A mí no me conoce—pregunta nerviosa.

—Lo más probable es que antes de preguntar nada te ponga la escopeta en la frente. Trata de mantener la calma y no te rebeles, dile que estás conmigo y con Adriana.

—Vaya, qué tranquilizador—ironiza tragando saliva.

Tatiana se coloca en la antigua armería y yo subo lentamente las escaleras. Cuando estoy arriba me debato entre anunciar mi presencia dando una voz o asomarme primero a las habitaciones por si Luisa está dormida, y entonces escucho un sollozo, y otro, y otro más. Sigo el origen de ese llanto desconsolado hasta la puerta de la habitación de Luisa, donde me encuentro a Loli tumbada junto a ella, con la cabeza de Luisa acunada sobre su pecho. No acabo de comprender la escena hasta que me fijo en Luisa y veo que tiene los ojos abiertos y la mirada vacía. Luisa está muerta. Un escalofrío me recorre la espina dorsal y me deja petrificada en el sitio unos segundos, hasta que consigo entender lo que sucede y doy un par de toques suaves con los nudillos en la puerta para llamar la atención de Loli.

La mujer a la que le debemos la vida me mira con los ojos anegados y no muestra reacción alguna, pero en su mirada veo que se alegra de verme, no porque sea yo especialmente, si no por no estar sola en un momento como este. Me acerco a la cama en el momento que escucho el ruido de una moto. La duda me asalta un instante, no obstante, finalmente, decido que Tatiana y Adri se pueden apañar para bajar a Santi, no puedo dejar sola a Loli ahora, así que me siento a su lado en la cama y le pongo una mano en la pierna.

—¿Cuánto hace? —le pregunto en un susurro.

Loli se encoge de hombros y se sorbe los mocos.

—No lo sé, poco. Después de darle el desayuno salí a por un poco de leña, y al volver…

Loli vuelve a llorar y yo aprovecho para cerrarle los ojos a Luisa

muy despacio. La dejo que siga llorando a su hermana y permanezco en silencio a su lado hasta que escucho unos pasos por la escalera y veo a Adri aparecer por la puerta.

—¿Qué…?

No llega a terminar su frase, enseguida deduce lo que pasa y se acerca hacia nosotras para abrazar a Loli. Tras un rato más, finalmente, se recompone un poco y se incorpora.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta secándose la cara con la manga.

—Necesitamos tu ayuda, Loli, y no hemos venido solas, abajo hay una mujer con tres niños—suelta Adriana del tirón.

—¿Tres niños? Creía que eran dos—dice confusa.

—Ya, es una historia complicada que ya te contaremos en otro momento. Ahora hemos de ocuparnos de Luisa, Loli, no podemos dejarla aquí—le digo con suavidad.

Ella asiente con una mueca de disgusto.

—Lo sé, hace tiempo que pienso en esto y en lo que hacer cuando pasase. Hay una arboleda un poco más arriba, a ella le gustaba mucho pasear hasta allí y sentarse a la fresca los días de mucho calor, ese sería un buen sitio, pero me da miedo que los animales desentierren el cuerpo—se lamenta angustiada—creo que lo mejor es enterrarla en mi jardín.

—Puedes enterrar el cuerpo aquí, y enterrar en esa arboleda algún recuerdo de ella, algo que le gustase mucho, así una parte de ella también estará allí—le propone Adriana haciendo que le brillen los ojos.

—Su rosario—responde Loli sin necesidad de pensar más—mi hermana era muy creyente y nunca se despegaba de su rosario—dice cogiéndolo de la mesilla de noche.

Minutos después, y con ella más calmada, bajamos a la planta inferior y le presentamos a Tatiana y a los niños. Tatiana observa los ojos hinchados por el llanto de Loli con desconcierto, hasta que le cuento en un susurro lo que ha pasado.

—Lo lamento mucho—le dice Tatiana de forma sincera.

Loli se lo agradece con un asentimiento de cabeza y salimos al patio trasero, donde tiene su plantación. En el lado opuesto al que se encuentran las plantas, hay otra zona donde Loli tiene varios rosales que no acaban de florecer como deberían.

—Allí—señala convencida.

Loli se acerca a un rincón que hay bajo la cubierta donde guarda varias herramientas. Hay dos palas, ella se hace con una y antes de que nos dé tiempo a reaccionar, Tatiana ha cogido la otra y se ha puesto a cavar. Adriana y yo optamos por volver a la habitación de Luisa y buscar un par de sábanas con las que envolver bien el cadáver, tan solo le dejamos la cara al descubierto para que Loli pueda

despedirse de ella.

Durante casi dos horas, Loli y Tatiana cavan sin descanso bajo la lluvia, que se ha vuelto más intensa, ambas se niegan a ser relevadas y la parte de Loli la comprendo, pero la de Tatiana me desconcierta.

—Quizá le recuerda lo de su marido—opina Adriana.

—Tal vez—contesto tras explicarle la breve parada que hemos hecho antes de venir.

Cuando terminan, le pedimos a Santi que se quede con los niños en la zona de la tienda, cuya puerta hemos cerrado con llave. Después de darle unos minutos a Loli para despedirse, bajamos el cuerpo sin vida de Luisa y lo llevamos hasta la tumba improvisada. Somos Adri y yo las que nos ocupamos de cubrirlo con la tierra mientras Loli la llora y Tatiana fabrica una cruz con unas ramas que decora con algunas hojas que recoge del suelo. Cuando acabamos de enterrarla, Loli coloca la cruz sobre la tierra revuelta y, después de rezar una oración, volvemos al interior. Loli coge un bote de cristal, en él introduce el rosario de su hermana y se pone la chaqueta dispuesta a ir a la arboleda y enterrarlo.

—Yo la acompaño—se ofrece Tatiana—cuanto menos salgáis vosotras de aquí, mejor.

Pensaba que Loli se negaría diciendo que esto quiere o puede hacerlo sola, pero, parece que la presencia de Tatiana logra calmarla, es como si supiera que ella entiende su dolor y eso la reconfortase. Tatiana coge la escopeta, Loli una pistola y una azada que utiliza para sus plantas y se marchan.

Capítulo 9

20 de julio de 2024, sábado
Adriana

Mientras ellas están fuera, aprovecho para contactar con Martín y decirle que hemos llegado bien. Santiago y yo hemos hecho el camino sin ningún percance y el carro acoplado con la silla ha aguantado perfectamente a pesar de que en algunos baches pensaba que acabaría saliendo despedido. Cuando Loli y Tatiana vuelven, tenemos algo de comida preparada. A nosotras ya no nos queda gran cosa en la mochila y de la casa de Tatiana hemos traído todo lo que hemos podido para no abusar de Loli los días que pasemos aquí.

Mientras ellas se lavan y se cambian de ropa, Santiago y los niños comen y después se van al sofá. Santi les ha dicho que los va a enseñar a jugar al dominó que Loli tenía sobre el mueble. Como siempre, Marc se muestra entusiasmado con cada cosa que comparte con Santi, en cambio, su hermana, como es lógico, se entretiene mucho más con la caja de las fichas que con el propio juego.

—Bueno, creo que ya va siendo hora de que me expliquéis por qué mi casa se ha convertido en un albergue infantil—dice Loli mareando la comida en el plato.

Entre Nagore y yo le explicamos todo lo que sucedió desde que nos dejó al final del camino, cuando le contamos que Tatiana nos apuntó con un arma y que parecía dispuesta a matarnos, la mira con una expresión medio divertida, quizá porque se identifica con ella y con su forma de proceder. Continuamos con la historia hasta que llegamos a la parte del plan en la que debíamos conseguir las motos para llegar al búnker y como después de que nos resultase más complicado de lo esperado, hemos pensado en ella.

—Así que estáis aquí porque queréis llevaros mi moto, ¿es eso?

—Queremos tu moto y que nos ayudes a conseguir un quad para llevar a Santi—añade Tatiana sin que le tiemble la voz—según ellas, tú tienes contactos y los medios para conseguir muchas cosas.

—Ellas hablan mucho—dice señalándonos con un tenedor—¿qué gano yo con eso?

Tatiana la mira atónita por su aparente frialdad, pero cuando la conozca un poco más se dará cuenta de que simplemente se ha desconectado de lo que ha sucedido esta mañana y que probablemente

ya no vuelva a llorar a su hermana en presencia de nadie, lo hará por las noches cuando nadie la vea.

—Habíamos pensado conseguirte más medicinas para Luisa— responde Nagore con prudencia—aunque dadas las desgraciadas circunstancias, lo único que te podemos ofrecer es un lugar junto a nosotras en nuestro refugio.

No es que lo haya decidido ella ahora sin contar con mi opinión, lo hemos hablado antes de que viniesen de la arboleda y también se lo hemos explicado a Martín y Blanca, y contamos con su aprobación, porque el único punto débil de Loli era Luisa, y sin ella no hay nada que nosotras podamos ofrecerle que no tenga ya, lo único es el búnker.

—¿Y por qué querría yo vivir allí arriba? —cuestiona dejándome sin saber qué contestar, después de que le expliquemos exactamente el tipo de refugio que tenemos y hasta dónde llegan nuestros recursos.

—Porque aquí abajo no te queda nada.

La respuesta de Tatiana, contundente, hace que Loli se gire hacia ella ceñuda.

—Siento ser tan brusca, pero tu hermana ha muerto, y lo único que puedes hacer ahora es negociar con esa gentuza para que te deje vivir tranquila. Eso siempre y cuando sigas teniendo esas plantas en el patio trasero, porque como en algún momento no puedas seguir plantando, se te va a acabar la moneda de cambio. ¿Esa es la vida que quieres?

—¿Tú quién coño te crees que eres para hablarme así en mi casa? —pregunta irritada.

—Alguien a quien no le da miedo decirte la verdad a la cara. Me puedo hacer una idea del tipo de cosas que has hecho para mantener a tu hermana lo mejor posible. Yo he hecho cosas horribles con tal de que a mi hijo no le faltase algo que llevarse a la boca, y las volvería a hacer una y mil veces sin dudarlo, pero tú ya no tienes esa necesidad. Te están ofreciendo una vida relativamente tranquila dadas las circunstancias, me parece muy bien que quieras mantener tu orgullo intacto y que pienses que tú sola te las seguirás apañando como siempre, sin embargo, serías muy estúpida si no consideras lo que te ofrecen. Al menos, piénsatelo.

Loli lanza puñales por los ojos ahora mismo, aunque, a pesar de eso, Tatiana no se inmuta y le aguanta la mirada. El ambiente se ha cargado de repente y estoy a punto de intervenir para rebajar la tensión de esas dos mujeres que parecen echar un pulso a ver quién puede más de forma constante. La mano de Nagore sobre mi rodilla me hace cerrar la boca y mirarla.

—No te metas—me susurra—Loli está enfadada y rota ahora mismo, creo que Tatiana solo trata de provocarla para que suelte…

Antes de que termine la frase Loli golpea la mesa con ambas manos

varias veces. Los pocos cubiertos botan casi tanto como yo con el sobresalto que me ha provocado. Supuse que Loli quemaría su dolor por las noches, pero Tatiana lo ha hecho muy bien y ahora grita de modo histérico. Nagore y yo nos levantamos y vamos al sofá con Santi y los niños, que la miran perplejos clavados en el sitio.

—No pasa nada, solo está triste y necesita gritar—les digo a los más pequeños.

—¿Papá también estaba triste? —le pregunta Aina a su hermano de repente.

Marc tensa la mandíbula y no contesta a su hermana, se limita a colocar las fichas del dominó bocabajo mientras yo los miro suspirando. Cuando Loli deja de llorar y de soltar toda su rabia, volvemos a la mesa junto a Tatiana que no se ha movido de su lado y le sostiene la mano sobre la mesa.

—Lo siento, me he puesto muy nerviosa—se disculpa Loli.

—No pasa nada—responde Nagore.

—Está bien—dice sorbiéndose los mocos—supongamos que acepto, ¿cómo pretendéis que consiga un quad?

—No lo sé—respondo titubeante—pensaba que eso nos lo dirías tú.

—Claro, vosotras os creéis que yo chasqueo los dedos y consigo lo que quiero.

—Conseguiste sacarme de ese sitio, Loli—interviene Nagore—si pudiste hacer eso sin represalias creo que puedes hacer cualquier cosa.

—¿Sabes que te buscan? Han puesto precio a tu cabeza, Nagore, de hecho, si te entregase ahora mismo seguramente se acabarían mis problemas. Ese puto loco ofrece techo, comida y agua para quien te entregue. ¿Lo sabías?

—Pero no la has entregado—dice Tatiana—eso quiere decir que no eres como ellos.

—No sé de dónde sacar un quad, yo no he visto ninguno por la zona. Puedo preguntarle a Miguel, ese idiota tiene ojos y oídos en todas partes, si alguien puede encontrar un vehículo como ese, es él.

—¿Cuánto tardarías en contactar con él? —le pregunto impaciente.

—Puedo ir al punto de encuentro cuando anochezca, después, dependerá de él.

—No tenemos mucho tiempo—suspira Tatiana.

—No podéis venir con exigencias—protesta Loli.

—Contadle lo que os ha dicho vuestro amigo esta mañana—nos pide Tatiana preocupada.

—Eso, contadme más. ¿Qué novedades tenemos en el frente? —ironiza Loli.

—Hay noticias por ahí que dicen que vuelven las lluvias acompañadas de tormentas eléctricas, y no son tormentas cualquiera, hablamos de que descargarían grandes cantidades de rayos en

cualquier parte.

—¿Y cuándo se supone que pasará eso? —quiere saber Loli.

—No lo sabemos, tampoco sabemos si es verdad o solo gente que se ha alarmado por la tormenta del otro día y ha dramatizado en exceso —contesta esta vez Nagore—pero es mejor no quedarnos para comprobarlo, tenemos que irnos cuanto antes.

Loli acomoda la espalda en la silla ahogando un largo y profundo suspiro.

—¿Tenéis un plan alternativo? Conseguir vehículos no es tan fácil como parece. Se utilizaron mucho al principio, cuando se derritieron las nieves y el tiempo mejoró la gente trataba de llegar a las grandes ciudades, creen que allí están mejor que aquí, aunque yo tengo mis reservas respecto a eso. El caso es que lo más fácil teniendo en cuenta como estaba todo era circular en moto, así que la gente las robaba o de cuatro motos averiadas hacía una. Hay muchísimas en las carreteras, pero que sirvan—cabecea haciendo una mueca con los labios—lo dudo, podemos salir a buscar, pero será perder el tiempo.

—¿Pero Miguel…? —insisto.

—Miguel es el único que puede conseguir una si es que la hay, no obstante, no estaría de más pensar en otra cosa.

—Algo hemos hablado al respecto—le explica Tatiana—podemos usar la moto, las motos—se corrige—que ya tenemos y dar viajes, pero es mucho más arriesgado hacerlo por fases que de una sola vez.

—Es arriesgado, pero una posibilidad que hay que considerar—zanja antes de levantarse—necesito tumbarme un rato. Yo me quedaré en la habitación de Luisa, vosotras podéis quedaros en la mía con los niños y para Santiago podemos bajar una cama que tengo en otra habitación, es pequeña—le dice a Tatiana—creo que estarás mejor en el sofá.

—El sofá es perfecto, gracias.

Después de bajar la cama para Santiago, decidimos hacer lo mismo que Loli, ha sido una mañana muy intensa y estamos agotadas, y todavía faltan unas horas para que anochezca y Loli pueda reunirse con Miguel.

Capítulo 10

20 de julio de 2024, sábado
Tatiana

El ruido de unos pasos me despierta y me incorporo sobresaltada, con una taquicardia que hace que el corazón me retumbe en los oídos. De forma inconsciente, cojo la escopeta que he dejado paralela a mi cuerpo en el sofá y miro en todas direcciones. Tardo unos segundos en ubicarme, los ojos se me van primero hacia la cama donde Santi sigue profundamente dormido y después hacia el pie de la escalera, desde donde Loli me observa quieta como una estatua.

—Perdona, no quería despertarte—se disculpa con las manos en alto—¿te importa bajar el arma?

Necesito un par de segundos antes de procesar lo que me pide y darme cuenta de que la estoy apuntando con la escopeta.

—Lo siento—me disculpo nerviosa dejándola a un lado—hacía años que no dormía fuera de mi casa.

—Tienes el oído muy fino—sonríe Loli por primera vez.

—Ya—reconozco azorada—prueba a vivir sola con un niño en una mierda de mundo como este y a ti también te costará conciliar el sueño—contesto sin pensar.

Loli abre la boca para decir algo, pero decide guardárselo en el último momento y entonces me doy cuenta de lo poco acertado que ha sido mi comentario.

—Perdona, no debería haber dicho eso, tu situación no ha sido muy diferente a la mía por lo que me han contado.

—No te preocupes.

—¿Vas a salir? —pregunto al ver que coge un chubasquero.

—Sí, ya es la hora, si quiero hablar con Miguel tengo que irme ya.

—Espera, te acompaño—digo incorporándome de un salto.

Aunque creía que lo haría y estaba pensando en una respuesta para su negativa, Loli no ha puesto ninguna objeción. Mientras yo despierto a Santi, ella enciende un par de velas que deja por la sala y sube para avisar a Nagore y Adriana.

—Ponte esto—dice entregándome otro chubasquero cuando baja.

No ha parado de llover en todo el día, solo que ahora hay que añadir que corre un poco de aire y vuelven a verse relámpagos a lo lejos. Me quedo mirándolos medio hipnotizada, tratando de calcular

cada cuánto tiempo caen.

—Venga, no te entretengas—me apremia Loli.

La miro caminar delante de mí con paso militar. Calculo que es algo más grande que yo, quizá ya tenga los cincuenta o un poco más, porque las canas que pueblan su pelo corto son engañosas. Loli me sorprende, porque, aunque no me considero alguien en baja forma, me cuesta seguirle el ritmo.

—¿Por qué has venido? —Loli deja la pregunta flotando en el aire mientras yo trato de comprender a qué se refiere.

—No te entiendo, ¿por qué te acompaño?

—Sí.

—Porque creo que nadie debe ir sola por la calle teniendo más opciones. Y ellas, sobre todo Nagore, es mejor que no pongan un pie fuera de tu casa hasta que nos marchemos definitivamente.

—Sé defenderme sola, no necesito ninguna niñera—dice dedicándome una mirada de suficiencia.

—¿Prefieres que me marche? —pregunto ofendida—porque si es así, únicamente tienes que decirlo y me doy la vuelta.

—No, perdona, es que estoy acostumbrada a hacerlo todo sola, y esto es nuevo.

Pese a ser un poco borde, Loli tiene un aire misterioso que me gusta.

—Es aquí—dice unos minutos después—quédate a mi lado y no hables, yo me ocupo, ¿queda claro?

—Muy claro, jefa—bromeo para relajar la tensión.

—No me llames jefa—amenaza irritada girándose hacia mí.

Yo levanto las manos en son de paz sin poder esconder una sonrisa algo chulesca. Hacía tiempo que no conocía a nadie como ella, tan suficiente, tan autoritaria e irascible. Me gusta provocar a la gente como Loli, son fáciles de enfadar y es como un estímulo nuevo ante estos días de mierda.

—¿Te divierto? —pregunto con una mirada de ojos entornados.

A pesar de la poca luz, sus ojos brillan de un modo muy intenso que me deja hipnotizada. No sé de qué color los tiene, no me he fijado en Loli lo suficiente y, ahora, en cambio, estoy empezando a sentir mucha curiosidad por ella.

—Sabes que no me gusta que traigas a nadie, Dolores.

La voz del hombre suena detrás de mí haciendo que me gire sobresaltada.

—Si yo traigo a alguien es porque es de confianza, y no me llames Dolores—zanja ella colocando su mano en mi abdomen para guiarme y hacer que me coloque tras ella.

—Vale, ¿qué quieres? Ayer hubo matanza, puedo conseguirte un poco de carne si me pagas bien.

Observo al tal Miguel con recelo. No me gusta nada, su presencia me produce malestar y desconfianza.

—No quiero carne, gracias, todavía me queda alguna reserva— contesta Loli palmeando su vientre.

Aguanto la risa y mi curiosidad por ella crece a cada segundo. No sé por qué ha hecho ese comentario, es una mujer robusta, pero como a la mayoría en estos tiempos que corren, no le sobra ningún kilo.

—Además, tú mejor que nadie conoces los rumores sobre dónde acaba la gente que se cruza en el camino del alcalde, no me va el canibalismo, gracias.

—Comida para cerdos, ya—se encoge de hombros a la vez que yo noto una arcada subirme por el esófago al pensarlo—. Entonces, ¿qué quieres? Tengo más recados que hacer, Loli—se impacienta.

—Una moto…

—¿Una moto? —repite como un tonto—tengo entendido que te quedaste con una cuando atacaron a las bolleras.

—Pues quiero otra, un quad para ser exactos.

—¿Un quad? —se carcajea con una risa histriónica—¿cuándo has visto tú uno de esos por aquí, Lola? Eso ya pertenece al pasado.

—No me llames Lola, Miguelito, que te doy un revés y te quito el colocón de golpe. Ni Lola ni Dolores, ¿estamos?

—Vale, vale, deberías fumar un poco de tu hierba para ver si te quitas esa mala leche. En fin, a lo que vamos, por un módico precio puedo preguntar por ahí, a ver qué encuentro. ¿Para qué quieres tú un quad? ¿No tienes bastante con la moto? —curiosea como una maruja de barrio.

—Eso es asunto mío, tú a tus cosas y cuidadito con lo que cuentas.

Loli se saca una bolsita del bolsillo y a Miguel por poco se le saltan los ojos de las cuencas.

—Con esto estás más que pagado, quiero resultados rápidos.

—Guau, debe correrte mucha prisa—dice sorprendido al ver la cantidad de la bolsa.

—Tú haz lo que te pido, y no te la fumes toda de golpe.

—Siempre es un placer hacer negocios contigo, Loli—dice antes de despedirse, carcajeándose de su propia ocurrencia.

Me hace un gesto con la cabeza a modo de despedida y desaparece por la calle.

—¿Te fías de ese tío? —pregunto un poco inquieta.

—Hoy está más colocado que de costumbre, pero, en general, es muy eficaz, puedes preguntárselo a Nagore.

—No lo dudo, es solo que no me gusta, no me inspira confianza— razono mientras comenzamos el camino de vuelta.

—Este mundo ya no es una cuestión de confianza, es cuestión de negocios, bonita. Yo tengo algo que él quiere, más bien necesita, y él

puede proporcionarme lo que yo quiero. Es una transacción, si después de hablar con nosotras va a otro sitio y mata a dos personas no es mi problema.

Me giro hacia ella buscando su mirada y cuando la encuentro, Loli se detiene, retadora.

—¿Qué? ¿Te parezco fría? —pregunta envalentonada.

—No más de lo que lo puedo ser yo, es solo que me sorprende—digo volviendo a caminar para dejarle claro que no me intimida ni un poco—no he tratado a muchas personas últimamente, a las que más ha sido a Nagore y Adriana, y ellas son… No sabría decir—digo pensativa.

—Ellas no están corrompidas todavía, Tatiana, tú y yo sí, porque hemos hecho cosas que ellas todavía no han tenido que hacer—resume categórica.

—Supongo que sí.

En ese momento pienso en Nagore de forma inmediata, ella mató al padre de Marc y Aina, pero fue defensa propia, de alguna manera ella era muy consciente de que detrás de mí hubiesen ido ellas. En cambio, yo he atacado a gente solo para robar, quitándoles la que probablemente era toda la comida que tenían sin importarme qué iba a ser de ellos. Loli lo ha dicho bien, nosotras ya estamos corrompidas, ellas todavía están a tiempo de seguir siendo personas decentes.

Capítulo 11

22 de julio de 2024, lunes
Nagore

Ya han pasado dos días desde que Loli habló con Miguel y no hemos tenido noticias suyas. Según Loli es normal, las cosas no van tan rápido como nos gustaría y quizá ese sea el problema, que todos comenzamos a tener prisa por llegar al búnker. Esta mañana al despertarnos la niebla densa había vuelto y, aunque no me gustaba nada, reconozco que me he alegrado porque llegadas a este punto prefiero que siga la niebla y que Martín no tenga razón con las tormentas eléctricas. Mi alegría no ha durado mucho, porque, en cuanto la niebla se ha disipado, ha comenzado a llover como lo hizo ayer, anteayer y varios días atrás. Parece que comienza a haber un patrón claro, lluvias entre leve y moderadas durante el día y por la tarde, se añaden fuertes ráfagas de viento y comienzan los rayos y los truenos.

—Deberíamos ir nosotras a buscar por ahí, no podemos estar aquí esperando eternamente a ese capullo, Loli—le dice Tatiana—seguro que está tirado en un sofá fumándose todo lo que le diste. A estas alturas no debe saber ni quién es.

—Miguel es un gilipollas y un desgraciado, pero, al menos conmigo cumple porque sabe que si no, se queda sin su mierda. Debes ser paciente.

En estos dos días aquí encerradas, Loli y Tatiana han ganado mucho en confianza, se pasan el día juntas contándose sus cosas. Creo que una en la otra ha encontrado a esa persona con la que tienes la sensación de conocerla desde siempre. A Loli le ha venido muy bien para sobrellevar lo de su hermana y Tatiana está tan cambiada que hasta Santi nos dijo anoche que hacía tiempo que no veía a su madre sonreír tan a menudo. Muchas veces salen al patio con la excusa de que Loli debe cuidar sus plantas y lo que en realidad pasa, es que se quedan bajo el porche dejando que las horas vuelen. No es que las espiemos, pero las escuchamos reír constantemente, como ahora, que acaban de salir.

—¿Crees que estarán fumando? —me pregunta Adri mientras preparamos unas rebanadas de pan tostado que está de todo menos crujiente.

Su teoría me hace reír y miro hacia el ventanal, donde veo parte del cuerpo de Loli.

—Espero que no, aunque sería muy divertido ver a esas dos colocadas, ¿te las imaginas? Tan serias siempre y tan estrictas.

Aina aparece como un vendaval y se cuela entre el cuerpo de Adri y el mueble que usamos de cocina improvisada.

—¿Qué haces, cariño? —le pregunta cuando la niña se abraza a su pierna y saca la cabecita hacia un lado como si buscase algo.

—Estamos jugando al escondite—sisea en voz muy baja.

Nos giramos hacia atrás y vemos a Marc contando de cara a la pared mientras Santi sigue perdido entre las páginas de uno de los libros que Loli le ha bajado. Marc no tarda ni cinco segundos en dar con su hermana, lo que la irrita y hace que se cruce de brazos.

—No te enfades, Aina—le digo agachándome frente a ella—ahora vamos a dejar que Marc se esconda y yo te ayudo a buscarlo y después a esconderte mejor. ¿Quieres?

Su respuesta es tirar de mi mano para llevarme a la pared. Las dos comenzamos a contar y yo la voy corrigiendo cuando se equivoca hasta que llegamos hasta diez. Cuando nos giramos no vemos a Marc por ningún sitio y solo me encuentro con la sonrisa divertida de Adriana, que me guiña un ojo y sigue extendiendo paté en las rebanadas. La estancia no ofrece muchas posibilidades, yo le voy indicando a Aina que mire debajo de la mesa, de la cama de Santiago e incluso en el patio.

—¿Marc está aquí? —les pregunta a Loli y a Tatiana en cuanto sale, colocándose los brazos en la cintura como una vieja sabia.

—No lo sé—responde Loli haciéndose la intrigada—¿tú lo has visto, Tati?

—¿Tati? —me pregunta Adri aguantándose la risa—estas están liadas.

—Y si no lo están, falta muy poco—confirmo riendo.

—Mmm no, creo que por aquí no lo he visto—le responde Tatiana —búscalo dentro, peque, que aquí hace frío.

Aina cierra la puerta del patio de un portazo y vuelve hacia nosotras.

—No está—dice ceñuda.

—Vaya, pues entonces solo nos queda un sitio—digo mirando hacia la sala de la armería—porque esconderse en el piso de arriba está prohibido.

Aina me coge de la mano y tira de mí para que la acompañe. Mientras abro la puerta que comunica una estancia con la otra me parece escuchar unos golpes en la puerta de la calle. Todo sucede tan rápido que no tengo tiempo ni de abrir la boca cuando veo a Marc abriendo la puerta. Al otro lado aparece Miguel, que primero observa

al niño como si fuese algo poco común y después alza la vista y clava sus ojos en mí.

—¡Loli! —escucho gritar a Adri.

—Marc, ven aquí—le pido autoritaria a la vez que bajo la cabeza y giro la cara hacia un lado para evitar que me reconozca.

Cuando Marc coge mi mano tiro de él hacia la otra sala y pego la espalda a la pared mientras Loli pasa por mi lado y va a recibir a Miguel seguida de Tatiana. Tengo el corazón tan desbocado que me cuesta respirar con normalidad.

—¿Una fiesta familiar? —pregunta Miguel a Loli.

—Olvidé invitarte—responde ella de mal humor—¿qué tienes?

—Poco y nada. He movido mis tentáculos por ahí, ya sabes, pero aquí nadie tiene uno de esos. Al menos, no uno en condiciones.

—Eso es que tienes alguno.

—Solo uno, sin embargo, no tiene ruedas ni depósito de gasolina, dudo que te interese.

Miro a Adri y ella niega con la cabeza.

—Puedo seguir buscando, ir al siguiente pueblo a ver si hay suerte, eso sí, te costará mucho más de lo que me diste, y suponiendo que consiga uno, traerlo tendrá un precio extra.

—Hazlo—zanja Loli ante la cara de sorpresa de Adriana, que me mira confusa—mueve tus asquerosos tentáculos y busca donde haga falta, espera aquí.

Loli va hasta el patio, supongo que a la caja de plástico donde guarda las cosechas, y vuelve con una bolsita.

—Con esto tienes para empezar, tráeme un cacharro de esos y te daré el triple. Y esto es un extra para que cierres tu puta bocaza—supongo que le ha dado otra bolsa.

—¿La has ocultado aquí todo este tiempo? ¿El quad es para ella?

—Escúchame bien, Miguel—lo amenaza Loli—si quieres seguir fumando tu mierda más vale que mantengas esa bocaza cerrada, si la abres, sabré que has sido tú y te rajaré como a un cerdo. ¿Te queda claro?

—No voy a decir nada, tú y yo tenemos negocios que no quiero perder, pero procura que no salga de aquí, como alguien más la vea y le vaya con el cuento al alcalde ya sabes lo que va a pasar—la advierte él.

—Tú ocúpate de lo que te he pedido y de ella ya me ocuparé yo. Ahora lárgate de aquí.

Cuando la puerta se cierra me escurro por la pared hasta el suelo y trato de calmar las pulsaciones haciendo unas cuantas respiraciones.

—No vuelvas a abrir más la puerta, Marc—le dice Adri—la próxima vez, tú nos avisas a nosotras, pero no abras.

El niño asiente confundido y se va con Santiago.

—¿Cuánta gasolina tiene la moto que trajisteis? —pregunta Loli cerrando la puerta que comunica las dos estancias.

—No lo sé, medio depósito más o menos—responde Adriana—¿por qué?

—Igual que la mía entonces. ¿Es suficiente para llegar a ese lugar?

—No sé—titubea Adri—¿por qué lo preguntas?

—¿Es suficiente o no? —se enfada Loli.

—Para ir creo que sí, para volver no.

—Suficiente, tenéis que largaros de aquí.

—¿Piensas que Miguel se irá de la lengua? —le pregunta Tatiana nerviosa.

—No sé cómo funciona la cabeza de ese imbécil, puede que lo haga o puede que no, pero es mejor que no nos arriesguemos. No me fío.

—¿Y qué pretendes? —pregunto incorporándome cuando Tatiana me tiende la mano.

—Estoy pensando, coño.

Loli se deja caer en el sofá y expulsa todo el aire de sus pulmones.

—Si Miguel se va de la lengua y el alcalde se entera de que estás aquí, ya podemos darnos todos por muertos. Enviará a sus hombres, que invadirán esta casa como salvajes y harán lo que quieran con todos nosotros antes de llevársela.

—Puedo entregarme—suelto sin reflexionar.

Todas se giran hacia mí mirándome como si fuese estúpida y Adriana se acerca echando fuego por los ojos.

—No vuelvas a decir semejante barbaridad—me amenaza con los ojos acuosos.

—No es una barbaridad, Adri, a mí no me va a matar, me necesita viva. Si me entrego vosotras estaréis a salvo y ganaremos tiempo para conseguir el quad. No sé cómo no se me ha ocurrido antes—comento pensativa.

—Si te entregas, tú y yo hemos acabado, ¿me oyes? —me grita Adri descompuesta.

Me clava un dedo en el pecho y me empuja hasta que toco con la espalda en la pared.

—Entrégate y no volverás a verme. ¡No vuelvas a decir eso! —me grita cada vez más nerviosa.

No soy capaz de reaccionar, su dolor parece tan intenso que, de repente, me siento como una mierda por habérselo provocado.

—Aquí nadie se va a entregar—interviene Tatiana apartando a Adriana de mí para invitarla a sentarse en una silla.

—¿Vas a arriesgar la vida de tu hijo por tenerme aquí? —la reto cada vez más nerviosa.

—La vida de Santi corre peligro en todas partes, igual que la de todos—responde Loli por ella—¿crees que porque tú te entregues el

alcalde pasará por alto que te hayamos ocultado? Nos ejecutará igualmente para dar ejemplo. Tenemos dos motos que pueden llegar hasta el búnker, ¿no?

—Hasta muy cerca—aclara Adriana más tranquila.

—Aunque no es lo más apropiado ni cómodo para él, volveremos a subir a Santi con Adriana—piensa en voz alta Loli—y tú, Nagore, te llevarás a Marc y Aina en la otra, ella delante y él detrás.

—¿Y vosotras? —pregunta Adri desconcertada.

—Nosotras nos iremos con las bicicletas hasta donde podamos y después seguiremos a pie. Hay que hacerlo esta noche, si Miguel decide chivarse no lo va a hacer ahora que ya ha bajado de la granja. Conociendo a ese idiota, lo más probable es que esté fumando y decidiendo qué hacer, pero sea lo que sea, lo hará por la mañana cuando vuelva a subir, o al menos eso espero.

Tatiana se ha quedado estática en el sitio mirando a Santiago.

—¿Y su silla? —pregunta nerviosa—decís que para llegar al búnker hay que atravesar una parte de montaña, el carro no aguantará, para eso queríamos el quad.

Tatiana empieza a respirar mal, agobiada y preocupada por todo lo que se nos viene encima. Estoy a punto de acercarme a ella para calmarla, pero Loli se me adelanta y la abraza.

—Saldrá bien—le promete—solo estamos anticipando lo que ya teníamos previsto.

—Es verdad, una vez lleguemos al punto donde hay que abandonar la carretera, es prácticamente imposible que el carro aguante, de hecho, es posible que con las motos tampoco podamos llegar al inicio de la subida—comenta Adriana—dependerá mucho del estado del camino.

—Contactaremos con Martín, él fabricó una camilla para llevar a Santi. La silla la esconderemos en cuanto el camino se vuelva abrupto y seguiremos con las motos hasta donde podamos, y a partir de ahí, nos encontraremos con Martín y cuando hayamos subido a Santi y a los niños, tú y yo volveremos a por la silla—resuelvo.

—Vale, únicamente veo un pequeño inconveniente—dice Loli.

—¿Cuál?

—¿Cómo coño llegamos nosotras al búnker si no sabemos ir?

Capítulo 12

22 de julio de 2024, lunes
Adriana

—No es complicado—comienza a explicar Nagore—la mayor parte del camino es siguiendo la carretera, aunque no sé si todavía estarán, había militares con la orden de enterrar todos los cadáveres que encontrasen. Cuando lleguéis a ese lugar, tenéis que seguir adelante y buscar un camión mediano volcado sobre un coche. Una vez localizado, solo tenéis que fijaros en el lado derecho hasta que deis con un río que pasa por debajo a través de un túnel. Ahí tendréis que adentraros en el bosque, os ocultáis y nos avisáis por la radio para decir que habéis llegado.

—Cierto—añado yo—os iremos a buscar hasta allí, porque de otro modo lo único que conseguiréis será perderos.

—De acuerdo—responden las dos a la vez—con esas referencias deberíamos encontrar el río sin problema.

—Voy a llamar a Martín—digo poniéndome en pie.

Nagore me intercepta cogiéndome de la mano y me hace seguirla hasta el patio, donde al salir, nos abofetea un aire tibio y húmedo, acompañado de un trueno tan potente que hace temblar las ventanas.

—Joder—me quejo sobresaltada—¿qué hacemos aquí?

Nagore me empuja hasta la parte en la que desde dentro no nos pueden ver, esa en la que se suelen refugiar Tatiana y Loli, y me acorrala contra la pared.

—No estoy para gilipolleces, Nagore—digo todavía enfadada con ella.

—Ya lo sé, solo quería pedirte disculpas por lo de antes.

—Tendrás que pedir mucho más que eso, ¿cómo se te ocurre decir algo así? Deberías ser un poco menos egoísta y pensar también en cómo me afecta a mí.

—No estaba siendo egoísta, Adri—protesta, la ceja izquierda le tiembla un poco como siempre cuando se enfada y frunce el ceño—precisamente estaba pensando en ti y en todos. Es a mí a quién están buscando, y si aparecen por aquí y os pasa algo por mi culpa, más me vale pegarme un tiro.

—Hay más opciones que la de entregarte, Nagore, ya has visto lo rápido que lo ha resuelto Loli. ¿Tú sabes cómo me sentí cuando

estuviste secuestrada? Me faltaba la respiración de forma constante, era como si me hubiesen arrancado una parte de mí sin la que no me veía capaz de vivir. La próxima vez que se te pase por la cabeza la idea de suicidarte, me lo consultas antes.

—Está bien—dice melosa—ya te he dicho que lo siento.

—No hagas eso.

—Que no haga, ¿qué? —pregunta con gesto inocente.

Nagore me acorrala y me besa en el cuello, justo detrás de la oreja porque sabe que ante eso no consigo resistirme.

—Camelarme de esta manera—digo dándole una torta en el brazo, tratando de apartarla sin éxito—estoy enfadada.

—Te compensaré por lo de hoy—susurra—te lo prometo—añade en un tono seductor que consigue deshacerme por dentro.

Nagore comienza a besarme despacio, bebiendo de mí mientras su cuerpo me reclama con su proximidad. Desesperada de tanto que echo de menos sentirla, la agarro de las nalgas y la pego a mi pubis, lo que me provoca una explosión de mariposas en cierta parte que me arranca un suspiro que se pierde entre el sonido de los truenos.

—Eh, tortolitas, dejad las manitas para otro momento—nos reclama Loli desde la puerta a la vez que varios relámpagos lo iluminan todo.

Las tres miramos al cielo impresionadas y nos mantenemos unos segundos así, a la espera por si vuelve a ocurrir, y eso me da tiempo a calmar un poco las pulsaciones.

—Contactad con vuestro amigo de la radio y ponedlo en antecedentes de la situación, nosotras vamos a echar un vistazo por la zona a ver si hay movimientos sospechosos.

—¿Con la que está cayendo? —pregunto mirando hacia el patio, la tormenta ha empeorado y los relámpagos y los truenos no dejan de iluminarlo y ensordecerlo todo, por no hablar de que llueve con mucha intensidad.

—Adriana tiene razón, con la que cae ahora, dudo que encontréis a nadie por la calle—añade Nagore.

—Es mejor pecar de precavidas—interviene Tatiana—nosotras daremos una vuelta rápida por la zona mientras vosotras le explicáis el plan a Martín.

—Está bien.

En cuanto ellas se marchan, nosotras nos sentamos en el sofá junto a los niños y llamamos a nuestro amigo. Le hago un resumen de todo lo que ha pasado lo más rápido que puedo, al transmisor cada vez le queda menos batería y lo vamos a necesitar cuando lleguemos, y entonces caigo en la cuenta de que solo tenemos uno, o lo llevamos nosotras, o lo llevan Tatiana y Loli.

—Joder, es verdad—resopla Nagore.

En casa de Tatiana usábamos el de Santi, pero era demasiado grande para traerlo y, además, también tendríamos que haber traído una batería para que funcionase.

—Lo tendréis que llevar vosotras que sois las que lleváis a los críos —opina Martín.

—Ellas no saben llegar al búnker, Martín—digo tratando de pensar en alguna solución.

—Si tenéis cualquier percance no podréis pedir ayuda. Imagina que una de las motos se avería y os quedáis a mitad de camino, si no podéis decirme dónde ir a buscaros, será imposible que os ayude. Ellas van a ir en bicicleta y a pie, ¿no?

—Sí—responde Nagore con cara de agobio.

—Si logran recorrer todo el trayecto de carretera con las bicis no tardarán mucho más que vosotras en llegar al punto que les habéis indicado en la carretera, ¿me equivoco?

—No, si todo va bien, en tres o cuatro horas deberían llegar al río.

—¿Cuánto hay a pie desde allí hasta el camino de nuestro refugio?

—Tal vez tres horas—responde Nagore pensativa—que llevando a los niños y a Santi—dice cogiendo la mano de Santi con cariño cuando él nos mira entristecido—para nosotras serán cuatro o cinco.

—Y después hay que volver a por la silla—sigue razonando Martín —para cuando lleguemos a buscarla, ellas ya deberían estar allí. Dadles la tienda de campaña que os queda y cuando lleguen, que busquen un sitio en el bosque que esté cercano a ese túnel que decís y que esperen allí.

—Está bien—concede Nagore suspirando.

—Voy a cortar la comunicación para que ahorréis batería, avisadme cuando estéis a punto de salir, en cuanto lo hagáis, lo preparo todo en la entrada y espero a que volváis a contactar cuando lleguéis al río, entonces empezaré a bajar. Si no podéis llegar por lo que sea, volvéis a contactar y me guiais hasta vosotras.

Loli y Tatiana no han vuelto todavía cuando nos despedimos de Martín, así que dejamos a los niños en la sala con Santi y nosotras vamos a la entrada para que yo pueda echarles un vistazo a las motos y ver que todo está en orden.

—¿Cuándo nos vamos? —le pregunto a Nagore, que permanece a mi lado iluminando donde le pido con una vela.

—Deberíamos hacerlo de noche, cuanto antes mejor.

—Ya es de noche.

—Lo sé, me refiero a una hora en la que la gente normal ya esté durmiendo, sobre la una o las dos de la madrugada.

En ese momento se abre la puerta y entran Loli y Tatiana, que se quitan los chubasqueros empapados y se frotan los brazos para entrar en calor.

—¿Haciendo de mecánica? —me pregunta Loli.

—Algo así, ¿todo bien por ahí fuera?

—No hemos visto nada que nos llamase la atención, un par de personas, un perro ladrando y un rayo cayendo demasiado cerca—responde Tatiana muy seria.

—¿Cómo de cerca? —se asusta Nagore.

—No le hagas caso a la exagerada esta—responde Loli—ha caído en la montaña, calculo que a unos dos o tres kilómetros de aquí.

—¿Y eso no te parece cerca? —cuestiona Tatiana con los brazos en jarras.

—Vale—le sonríe Loli como una tonta, a la vez que le coge las manos para quitarle los brazos de la cintura—ha caído cerca.

Las dos se quedan mirando de un modo tan adolescente que Nagore y yo no podemos aguantarnos la risa.

—¿A vosotras qué coño os pasa? —berrea Loli mirándonos desafiante.

—Nada—contesto riendo.

—Bien. ¿Qué ha dicho vuestro amigo?

Les explico cómo hemos quedado con Martín y el problema con el transmisor.

—Tiene razón—dice Tatiana haciendo un gesto de evidencia con las manos—lo tenéis que llevar vosotras, nosotras esperaremos el tiempo que haga falta junto a ese túnel, lo importante es que pongáis a los niños a salvo.

—Cierto, por nosotras no os agobiéis—añade Loli alzando su escopeta—si alguien se acerca, le presentaré a mi amiga.

—Qué fanfarrona eres—se ríe Tatiana mirándola con un deje de admiración.

Loli le guiña un ojo y ya no necesitamos más pruebas para llegar a la conclusión de que entre ambas hay algo y las únicas que no lo saben son ellas.

—Estábamos comentando la hora a la que debemos salir—dice Nagore antes de que el momento se vuelva incómodo.

—¿Y qué creéis?

—Que hay que salir de madrugada, cuanto menos tiempo le demos a esa gente, mejor. Opino que vosotras deberíais salir un poco antes, cuando nosotras lo hagamos el ruido de los motores puede alertar a personas indeseadas, a mí y a Adri no podrán alcanzarnos, pero si salimos a la vez, podrían cogeros a vosotras.

—Ni hablar, no me voy a marchar antes que Santi—se niega Tatiana.

—¿Quieres dejar a tu hijo sin madre? —le pregunta Loli muy seria —Nagore tiene razón, deberíamos estar fuera del pueblo cuando ellas salgan. Tranquila, con las bicis no serán más que unos diez minutos lo

que necesitamos—le explica tratando de calmarla.

Tatiana expulsa todo el aire de los pulmones y se apoya en el que era el mostrador con los brazos cruzados. Loli se coloca a su lado y durante varios minutos, las cuatro permanecemos calladas, cada una pensando en sus cosas.

—Voy a preparar la cena—anuncia Tatiana—después acostaremos a los niños para que descansen todo lo que puedan, será una noche muy larga para todos.

—Te ayudo—se ofrece Loli.

Las dos cruzan la puerta y yo doy por finalizada la revisión.

—Comamos algo y tratemos de descansar un poco nosotras también —dice Nagore dándome un beso en la cabeza—Tatiana tiene razón, será una noche muy larga.

—Y pasada por agua—añado con un mohín.

—Es un asco, sin embargo, nos conviene que la tormenta siga, porque el ruido de los truenos disimulará el nuestro.

Capítulo 13

23 de julio de 2024, martes
Tatiana

He sido incapaz de dormir a pesar de que lo he intentado, pero los nervios por la situación y el miedo a que alguien se presentase en la casa en cualquier momento me han mantenido en alerta todo el rato. Me he calentado un poco de agua con unas hojas de romero, está asqueroso, no obstante, según Loli, ella engaña al cerebro con eso y logra relajarse. Cuando estaba a punto de servírmelo ha bajado ella, con el mismo problema de insomnio que yo, y hemos estado haciendo guardia hasta que ha llegado la hora que hemos acordado para salir.

—No tenéis pinta de haber dormido mucho tampoco—le digo a Nagore cuando bajan del piso superior.

—Alguna cabezada, pero nada más—niega haciendo un mohín de disgusto.

Sin hacer mucho ruido para dejar dormir a Marc y Aina hasta el último momento, lo vamos preparando todo. Loli ha bajado su mochila cargada con todo lo que desea llevarse y la miro con la misma tristeza que sentí cuando abandoné mi casa y tuve que reducir las pertenencias y los recuerdos de toda una vida a lo que cabía en dos mochilas. La mía y la de mi hijo.

Loli deja la mochila en el suelo y sale al patio para coger una bolsa con un buen alijo de hierba que hemos preparado antes y también semillas. Dice que nos servirá como moneda de cambio si tenemos problemas y, que, además, quiere seguir cultivándola allí arriba porque nunca se sabe. No me hace gracia que todo eso esté cerca de mi hijo y de los niños, pero, según Nagore, hay un invernadero con el acceso restringido, por lo que no debo preocuparme.

—Vale, ¿lo tenemos todo? —pregunta Adriana mirando por todas partes como si se dejase algo.

—Creo que sí, voy a despertar a los niños y a prepararlos, vosotras sentad ya a Santi en la moto—dice Nagore, que parece la más centrada de las cuatro en este momento.

Subimos a Santiago en la moto de montaña, ya que Nagore no sabe llevar motos de marchas y Adriana sí. En el último momento, decidimos que Aina irá también con ellos sentada delante de Adriana, así Santiago la podrá sujetar por si le da por moverse. Una vez están

los tres montados, les ponemos las bolsas de basura que les protegerán parte del cuerpo de la lluvia, le coloco otra a Marc y le cuelgo su mochila a Santi.

—Ahora tenéis que marcharos vosotras—me indica Nagore—os daremos diez minutos y después saldremos.

—De acuerdo—dice Loli.

Le entrego su recortada a Santi y Loli le da también otra pistola que se guarda en el bolsillo interior de la chaqueta. También le entrega dos a Nagore, dos a Adriana y otras dos a mí, además de las que ella pueda llevar en la mochila.

—Que nadie dude en disparar ante cualquiera que trate de impedirnos continuar, ¿queda claro? —dice Loli dirigiéndose a todos —esta noche nos la jugamos al todo o nada, nos hemos marcado un objetivo y hemos de llegar a él sea como sea, ¿entendido?

Todos asentimos, apago todas las velas y abrimos las dos hojas de la puerta. Le doy un beso a mi hijo notando mis latidos tan fuertes que se confunden con el ruido de los truenos. Fuera llueve de forma moderada, lo que hará el trayecto más incómodo, pero también más seguro, o al menos eso es lo que esperamos. Sin más dilación, nos colocamos nuestras mochilas, una gorra con visera para que nos proteja los ojos del agua y Loli y yo abandonamos su armería montadas en las bicicletas.

—Sígueme, y ante cualquier urgencia grita para que te oiga—dice poniéndose delante.

Empiezo a pedalear sin apartar la mirada de ella. Al estar el cielo tan encapotado la luz de la luna casi no se filtra y no se ve mucho, por fortuna, en este caso los rayos, a pesar de que me dan mucho respeto, nos ayudan a ver por dónde vamos porque suelen caer en alguna parte cada pocos segundos.

Mientras recorremos las calles no vemos absolutamente a nadie, lo cual me hace suspirar de alivio. Las piernas ya se me han empapado y con el aire que provoca la velocidad a la que vamos noto un poco de frío, aunque supongo que se me pasará cuando lleve un rato pedaleando. Loli se desvía hacia la derecha por una calle estrecha que me inquieta mucho, por suerte, la pasamos rápido y giramos hacia otra más amplia. Hace rato que no tengo ni idea de dónde estoy, ahora mis ojos alternan la mirada entre seguir a Loli y las ventanas en las que de vez en cuando veo un poco de luz. Estoy demasiado nerviosa, cada vez que veo una de esas pienso que en cualquier momento veré también una silueta observándonos que dará la alerta y hará que nos cojan a todos.

Loli gira por tres o cuatro calles más hasta que sale a una avenida mucho más larga. Se pega al lado derecho donde hay un carril bici bastante despejado de escombros y todos los obstáculos que hemos ido

esquivando y, tras pedalear en línea recta durante un par de minutos, torcemos a la izquierda y accedemos a la carretera que no debemos dejar hasta que veamos el camión volcado sobre un coche que nos dijeron. En base a lo que nos han explicado Nagore y Adriana y la distancia de carretera que creemos que hay, hemos calculado que, con las bicicletas, y si podemos llevar un ritmo rápido como el que llevamos ahora mismo, necesitaremos unas tres horas para llegar a ese punto, si nos ralentizamos, será algo más.

Loli se va girando cada medio minuto o así para asegurarse de que voy detrás de ella y no me quedo rezagada. En una de esas veces, ya más confiada y un poco más tranquila por haber salido del pueblo, suelto el manillar con una mano y levanto el pulgar para que vea que todo está bien. En ese momento empiezo a escuchar un ruido de fondo, suena a rugido de motores y mis latidos vuelven a dispararse. Ahora soy yo la que se gira cada dos por tres para ver si los veo, evidentemente, han dicho que no encenderían las luces hasta salir del pueblo, así que no los veo hasta que prácticamente los tengo encima.

Las dos motos pasan por mi lado aminorando la marcha lo suficiente como para que yo pueda ver la sonrisa que me dedica mi hijo y el saludo de cabeza de los niños, después aceleran a una velocidad moderada para que el carro con la silla de Santi no salga volando, encienden las luces y desaparecen. Pienso en el dichoso quad, si lo hubiésemos conseguido, la silla iría más segura y ellas podrían correr más para ponerse a salvo cuanto antes.

Decido que no puedo pensar más en estas cosas o me volveré completamente loca, así que después de mirar varias veces hacia atrás y ver que, por el momento, no hay señales de peligro, me centro en seguir el ritmo casi militar que ha marcado Loli. Si salimos de esta, tendré que preguntarle de dónde demonios saca tanta energía. No estoy segura de que yo pueda aguantar este ritmo todo el trayecto, lo que sí que tengo claro, es que me voy a pasar una semana con unas agujetas mortales en los gemelos y un dolor de culo que no me permitirá sentarme en varios días.

Capítulo 14

23 de julio de 2024, martes
Tatiana

En otra de esas veces que Loli se gira hacia mí para ver si estoy bien y no he vomitado el hígado, le hago un gesto con la mano para que aminore un poco la marcha.

—¿Estás bien? ¿Quieres que paremos? —grita a pleno pulmón colocándose en paralelo.

Entre los truenos, el sonido de las gotas de agua al estrellarse contra el asfalto, los coches, la bolsa de basura que hace de chubasquero o en los árboles, y el ruido que hacen las propias bicicletas al rodar por el suelo encharcado, me es imposible escuchar nada.

—Solo necesito que vayamos un poco más despacio durante un rato. No sé de dónde sacas tanta energía—vocifero sin aliento.

—Creía que estabas más en forma—se burla sacándome la lengua—ponte delante y marca tú el ritmo, yo te sigo.

Y así lo hacemos durante unos diez minutos, porque de repente veo mi sombra proyectada sobre el asfalto. Mi mente se bloquea unos segundos y tardo en comprender que eso está pasando porque hay luz detrás de nosotras, una luz que corresponde a exactamente cuatro motos que se acaban de situar delante de nosotras cortándonos el paso. Loli se detiene a mi lado y rápidamente cogemos nuestras armas y apuntamos hacia el frente, pero las luces de las motos nos ciegan y nos impiden ver a los ocupantes.

—¿Qué hacemos? —le pregunto a Loli asustada.

—Nada, mantén la calma, si disparamos a voleo lo único que conseguiremos es que nos maten.

Los motores de tres de las motos se apagan casi a la vez, sus tres ocupantes quedan dibujados como siluetas con la luz que produce la cuarta, que se mantiene a un lado como si solo estuviese allí para hacer de faro.

—Ay, Loli…—dice un hombre avanzando hacia nosotras con los brazos en alto y la tranquilidad de quién está seguro de que no le van a disparar.

En ese momento caen dos rayos a nuestra derecha y escucho como una rama se quiebra y cae hacia el suelo haciendo un ruido espantoso.

Me giro sobrecogida por el miedo y veo una leve columna de humo saliendo del árbol. El corazón se me desboca otra vez y ahora mismo siento mucho más miedo por los rayos que por la amenaza que suponen estos hombres. Nos ha caído justo al lado y nosotros estamos en medio de la carretera rodeados por elementos metálicos, no sé si no se han dado cuenta o les da igual, pero yo no dejo de pensar en Santi, ¿y si un rayo los alcanza a ellos?

El hombre sigue caminando hacia nosotras y se detiene a unos tres metros, juntando sus manos bajo la barbilla en un gesto pensativo mientras niega con la cabeza y hace una mueca de disgusto.

—Cuando Miguel ha llegado a mi granja hace un rato y me ha dicho que la ingeniera estaba en tu casa no me lo podía creer— comienza a narrar como un perturbado—yo le he dicho que no podía ser, que tú y yo tenemos nuestros negocios, Loli, yo no me meto en tus cosas, tú no te metes en las mías… Sin embargo, él insistía en que estaba seguro de haberla visto, y bueno, menuda sorpresa cuando hemos llegado a tu casa y nadie nos ha abierto la puerta. Digo, no puede ser que Loli se haya marchado sin despedirse, ¿verdad que no? —pregunta girándose hacia sus hombres, que sonríen como hienas— pero sí, sí que puede ser. Resulta que estando allí he escuchado el ruido de unas motos y entonces me he acordado de que tú, ¡precisamente tú! —grita histérico—tenías una de mis motos porque yo fui muy benevolente y te permití quedártela, ¿y así me lo pagas, Loli? ¿De verdad merece la pena joderlo todo por engañarme y dar cobijo a una fugitiva?

En ese momento los otros dos hombres, que nos apuntan con sus armas, se acercan lo suficiente como para que también podamos verlos, reconozco a Miguel en uno de ellos, el otro no sé quién es y el que sigue en la moto tampoco, sin embargo, deduzco que el que habla es el famoso alcalde. Un puto psicópata.

—No sé de qué me hablas—contesta Loli con aparente calma.

—Claro que lo sabes, tú solo dime dónde está y te prometo daros una muerte rápida a ti y a tu amiga.

—¿Tú ves a alguien más por aquí? Estamos solas, esa chica se fue hace horas cuando el chivato asqueroso de Miguel la vio. A estas alturas o está muy lejos o está muerta porque la ha alcanzado un rayo.

—¿Me tomas por estúpido? —grita iracundo.

Unos cuantos rayos caen en ese momento, impactando de forma simultánea en varios puntos demasiado cercanos a nosotras. El cielo ruge también con el estruendo de un trueno y yo aprieto la mandíbula y tenso todos los músculos del cuerpo sin poder remediarlo. El miedo a que nos alcance un rayo me tiene temblando de arriba abajo.

—Soltad esas armas—nos ordena señalándonos con un dedo amenazante—nosotros somos cuatro y vosotras dos, no tenéis nada

que hacer. Haced lo que os pido y todo será mucho mejor para vosotras—añade con gesto desquiciado.

—Ni se te ocurra soltar el arma, Tatiana—me advierte Loli en voz alta, sin importarle que la escuchen.

El alcalde se lleva las manos a los bolsillos y cuando las saca, la hoja de una navaja brilla en cada una de ellas.

—No compliques esto, Loli—le pide Miguel—hazle caso, por favor.

—Tú no me hables, maldito traidor—le grita enfurecida.

—Entiéndelo, Loli, no es nada personal, son negocios.

Loli está a punto de contestarle, pero el alcalde la interrumpe.

—¿Sabéis que soy un gran lanzador de cuchillos? —pregunta jugueteando con los dos que tiene entre sus manos—ahora mismo podría lanzaros uno y atravesaros la garganta antes de que os diese tiempo de apretar el gatillo—explica sin inmutarse.

—Loli—le susurro cada vez más nerviosa.

—No te muevas, Tati, solo necesito unos segundos, estoy pensando —me dice en un tono más bajo.

—Voy a contar hasta tres—dice a la vez que alza un cuchillo y dibuja una mueca de superioridad en su rostro—uno…

—Vale, vale—concede Loli—las soltamos—dice mirándome para que lo haga.

Las dos nos agachamos muy despacio y dejamos las armas en el suelo. Loli ha hecho lo correcto, si disparamos puede que matemos al alcalde, pero los otros nos matarán a nosotras.

—¿Veis como no era tan difícil? —alardea el alcalde de su triunfo —sujetadlas—ordena a sus hombres mientras nos señala con una de las navajas—tal vez no quieran hablar conmigo, no obstante, con esto haré que se les suelte la lengua.

Miguel y el otro hombre caminan hasta nosotras bajo el torrente de agua. El alcalde, sonriente y con ojos de desquiciado, juguetea con los cuchillos mientras nos hacen ponernos de rodillas y nos sujetan los brazos detrás de la espalda.

—Como la toques te rajaré en canal como a uno de tus cerdos—lo amenaza Loli.

—Qué tierno—se carcajea—¿prefieres que comience contigo entonces?

Las lágrimas se me desbordan por los ojos cuando lo veo dar el primer paso hacia nosotras, pero, entonces otra ráfaga de rayos se expande con sus tentáculos como si nos atacase una nave alienígena y uno impacta directamente sobre el alcalde. Su cuerpo se sacude con violencia unas décimas de segundo antes de desplomarse sobre el asfalto.

Aterrorizada, me encojo sobre mí misma. No sé qué me paraliza más en ese momento, si la impresión de lo que acabo de presenciar o

la posibilidad real de que eso mismo nos pase a una de nosotras. Desconcertado, el hombre que me sujetaba por detrás me levanta de una sacudida, me gira hacia él y me abofetea la cara con el revés de la mano, cogiéndome tan desprevenida que no logro aguantar el equilibrio y caigo al suelo golpeándome contra un neumático reseco.

Desde el suelo veo como Loli se zafa del agarre de Miguel, que permanece estático en su sitio mirando incrédulo el cuerpo sin vida del alcalde. Mi agresor se saca el arma de la cintura del pantalón dispuesto a terminar la obra de su difunto jefe, pero no es tan rápido como Loli, que acaba de recuperar su escopeta del suelo y sin dudarlo dispara dos veces contra el hombre, a quien los ojos se le vacían de vida antes de que su cuerpo toque el suelo. De inmediato, Loli se coloca detrás de Miguel a la vez que le quita la pistola y le apunta a la cabeza.

—Suelta el arma o me lo cargo—le grita al de la moto, que se acaba de bajar para ayudar a sus compañeros.

El hombre se detiene en seco y yo me arrastro hasta mi escopeta, la uso como bastón para ayudarme a ponerme en pie y me coloco al lado de Loli apuntando al que ha bajado de la moto. El hombre avanza unos pasos hasta nosotras, no nos apunta, pero sujeta una pistola en la mano derecha.

—Dile que la suelte, Miguel—le pide Loli apretando el cañón contra su sien—no tiene por qué morir nadie más esta noche.

—Si le digo eso me matarás—dice asustado.

—Debería matarte por ser un cabrón y un traidor, sin embargo, no voy a hacerlo. Haz que tire el arma y te daré las llaves de mi casa. Piénsalo, Miguel, tendrás toda la hierba que quieras para fumártela y vender. Si juegas bien tus cartas, tendrás poder suficiente para ser el nuevo alcalde.

—¿Me vas a entregar tus llaves después de lo que te he hecho?

—Dicen que la vida está llena de segundas oportunidades, yo te estoy dando una a pesar de que no te la mereces. ¿Aceptas o no?

—¿Así, sin más?

—Todo tiene un precio, Miguel, no soy tan generosa. Te las entrego a cambio de que ese gilipollas suelte su arma y dos de las motos, más tu palabra de que nos dejarás marchar sin más, nadie nos perseguirá.

—Te lo juro, Loli, tienes mi palabra. Óscar, suelta el arma—le ordena.

—¿Quieres que nos maten? —titubea el otro nervioso.

—Suéltame, Loli, tiene que ver que no corre peligro.

Loli le hace caso, aunque no deja de apuntarle con el arma.

—Nos dejan ir, Óscar. He llegado a un acuerdo con ella, me dará las llaves de su casa y tú sabes lo que eso significa, ¿verdad?

—¿La droga? —pregunta perplejo.

—Sí, ellas solo quieren marcharse del pueblo. Deja el arma, les damos un par de motos y tú y yo controlaremos todo lo que se mueve en la zona. ¿Qué me dices?

El tal Óscar tira el arma y de nuevo una ráfaga de rayos se estrella por la zona. Cierro los ojos con fuerza mientras espero a que todo pase y solamente los abro cuando ya no percibo esa luz cegadora que producen.

Miguel se coloca al lado de su compañero y empuja su arma con el pie hasta Loli. Yo soy la que la recoge mientras ella le lanza las llaves de su casa sin dejar de apuntarlo.

—Escoge una moto, Tatiana—me pide sin apartar la vista de ellos.

—No sé llevarlas, ni siquiera de gas—reconozco abochornada.

—En ese caso iremos en esa—dice señalando una de montaña como la que lleva Adriana.

Me acerco al vehículo y cuando estoy al lado, Loli dispara a las ruedas de las otras tres motos ante la mirada atónita de Miguel y su amigo.

—No es nada personal, Miguel, pero entenderás que no me fíe de tu palabra.

Ahora soy yo la que los apunta mientras Loli sube a la moto y la pone en marcha colocándose la mochila delante. Me subo detrás, me acomodo y rodeo su cintura con una mano.

—Recuerda, Miguel, el buen camello es el que no consume de su propia mercancía—le grita Loli antes de dar un fuerte acelerón.

Dejamos a los hombres atrás y trato de que todo mi miedo se quede allí con ellos, he pasado un rato de tensión y pánico terrible, no obstante, ha valido la pena porque ese hijo de puta del alcalde ya no volverá a molestarnos. Miguel y su colega están demasiado enganchados a la hierba como para negociar con ella, por lo que no serán un problema para nadie. Y lo mejor de todo, ahora tenemos una moto y con suerte no tardaremos mucho en dar alcance a Nagore y Adriana.

Capítulo 15

23 de julio de 2024, martes
Nagore

El carro con la silla nos está haciendo ir más lentas de lo que habíamos previsto, una cosa es que la moto tire de él y otra tener que andar esquivando obstáculos continuamente. Por algunos sitios paso demasiado justa y tengo que pararme y pasar colocando los pies en el suelo para estabilizar la moto, por no hablar de que el asfalto tiene muchas grietas y eso resulta muy incómodo. A Marc le está pareciendo una gran aventura, en cambio, a mí, que nunca me han gustado las motos, me está pareciendo una tortura.

La tormenta eléctrica se ha intensificado de un modo que asusta. Ahora me gustaría poder hablar con Martín y decirle que sí, que estoy segura de que lo que escuchó por la radio es cierto porque no dejo de ver caer rayos demasiado cerca. En un momento determinado la carretera está más despejada y logro ponerme en paralelo con Adriana. Las dos nos miramos un segundo con la misma preocupación, que uno de esos caiga demasiado cerca. De nuevo me coloco detrás de ella y nos arramblamos al máximo hacia el arcén izquierdo para esquivar la caja de un camión medio cruzada en mitad de la carretera. Al ver su enorme caja ocultando lo que hay tras él, se me forma un nudo de ansiedad en la boca del estómago, es el lugar perfecto para que alguien nos tienda una emboscada. Y Entonces el corazón por poco deja de latirme cuando recuerdo la dichosa caja, la vimos al venir junto con dos autocaravanas, era la guarida de los tipos que recorrían la carretera con sus bicicletas y estuvieron a punto de darnos caza.

No tengo tiempo de avisar a Adriana y de todas formas tampoco tenemos otra alternativa que la de pasar por aquí. Una fracción de segundo después estamos al otro lado de la caja viendo también las autocaravanas sin que suceda nada extraño. Expulso todo el aire de los pulmones con la sensación de que me desinflo como un globo. Marc se agarra más fuerte a mi cintura y noto como pega su cabeza a mi espalda, quizá ya se ha cansado de observarlo todo o simplemente tiene miedo de tantos destellos y truenos quebrando en el cielo. Tras una nueva ráfaga de relámpagos que me impresiona más que la anterior, veo un leve reflejo por el espejo retrovisor que me llama la

atención. Otra vez empiezo a temblar como una hoja, sabía yo que no podía salirnos tan bien la jugada, seguro que alguno de esos desgraciados se ha despertado con el ruido de los motores y ahora nos están siguiendo. Voy alternando la mirada entre la carretera y ese punto de luz que me persigue hasta que no me queda otra que aceptar que está ahí, esa luz pertenece a una moto y me está dando alcance.

Nerviosa y sin saber qué hacer, dejo que termine de reventarnos los tímpanos otro trueno y toco el claxon para llamar la atención de Adriana. Al principio parece no escucharme y tengo tanto miedo que me estoy desesperando mientras que esa moto nos gana cada vez más terreno. Si les da por disparar los parapetos son Marc y Santiago y eso no puedo permitirlo, hemos de buscar algún vehículo tras el que ocultarnos si queremos tener alguna oportunidad de defendernos. Tomando mucho aire por la nariz y expulsándolo por la boca para serenarme, vuelvo a tocar el claxon y esta vez se gira Santi, le hago un gesto desesperado pidiéndole que pare y, finalmente, tras él decirle algo a Adriana, ella aminora la marcha otra vez para que me ponga en paralelo.

—¡Nos siguen! —grito todo lo fuerte que puedo.

Adriana cambia la expresión y mira por los retrovisores.

—Hay que parar y esconderse detrás de algún coche lo suficientemente grande—vuelvo a gritar.

Se vuelve a poner delante y unos metros más allá, vemos una furgoneta volcada. Aceleramos hasta que llegamos y nos colocamos tras ella girando las motos; de modo que nos dejen a nosotras con visión para disparar. Apagamos las luces y tenemos el tiempo justo de sacar las pistolas para apuntar al frente antes de escuchar cada vez mejor el ruido del motor. Tengo cada músculo del cuerpo en completa tensión a la espera de que la moto llegue, conforme se acerca, notamos que disminuye la velocidad, está claro que nos persigue a nosotras y que nos ha visto meternos aquí. Adriana no puede bajarse de la moto porque tiene a Santi, pero yo sí.

Con mucha rapidez, me bajo y cojo a Marc de la cintura para bajarlo también. Le pongo el caballete a la moto y con él niño de la mano, me coloco justo en la parte trasera de la furgoneta para que, en cuanto la moto pase al otro lado, yo pueda rodear la furgoneta y sorprender al conductor desde atrás.

—Quédate aquí y no te muevas, Marc—le pido cuando la moto ya está a nuestra altura.

Estoy a punto de salir dispuesta a disparar a quién sea cuando escucho una voz que me resulta familiar.

—¡Somos nosotras! ¡Tatiana y Loli! ¡No os asustéis! —vocifera Loli una y otra vez.

La moto termina de pasar la furgoneta y vuelvo al otro lado, donde

están Adriana, Santi y Aina. La moto se detiene y sobre ella veo con perplejidad a las dos mujeres.

—¿Qué cojones? —digo dejando salir el miedo en forma de rabia— ¿sabéis el puto susto que nos habéis dado?

—Lo siento, no sabíamos cómo llamar vuestra atención—se disculpa Tatiana, que se ha bajado para abrazarse a Santi.

—¿De dónde habéis sacado la moto? —les pregunta Adriana todavía incrédula.

—Es una historia larga y complicada que mejor os explicamos cuando lleguemos. Lo único que tenéis que saber es que nadie va a perseguirnos. Dicho esto, no sé si lo habéis visto, pero esos jodidos rayos están cayendo por todas partes—rezonga Loli—¿cuánto calculáis que falta para llegar a ese túnel del que hablabais?

—No lo sé, quizá estemos ya a mitad de camino, es difícil calcularlo.

—Pues continuemos—ordena Loli—id en cabeza, nosotras os seguimos.

Durante los siguientes kilómetros conduzco con una relajación que no esperaba lograr. La afirmación de Loli diciendo que no hay que preocuparse de que nos den caza, me ha tranquilizado una barbaridad por primera vez en días. Sé que la tormenta eléctrica es un peligro muy preocupante, a pesar de eso, ahora mismo, ni siquiera pensar en ello me borra la sonrisa de satisfacción. Ahora me limito a esquivar con cuidado todo lo que entorpece nuestro paso y a mirar de vez en cuando por el retrovisor para asegurarme de que ellas nos siguen.

Al cabo de un rato nos vemos obligadas a desviarnos hacia el pueblo donde conocimos a aquellos ancianos que nos invitaron a comer y a pasar por una de sus calles para bordear el bloqueo de coches que hay en la carretera y retomarla un poco más adelante.

Unos cuantos kilómetros después y como si algo se empeñase en que mi tranquilidad no dure mucho, una lucecita naranja se me enciende en el salpicadero, paso la mano para apartar las gotas de agua que me hacen verlo todo borroso y descubro resoplando que es la luz de la gasolina. Acabo de entrar en reserva, y eso en un depósito de moto me imagino que no da para hacer muchos kilómetros. Me pongo nerviosa de nuevo hasta que llego a la conclusión de que no podemos hacer nada, llegaré hasta donde llegue y después ya veremos lo que hacer. Estoy pensando en eso cuando veo que delante de nosotras hay varias luces, solo que esta vez no me asusto porque enseguida me doy cuenta de que son los militares que vimos al venir. Eso significa que hemos avanzado bastante. Adriana debe haber supuesto lo mismo que yo, porque ha aflojado el ritmo y se ha puesto a mi lado, ya que, ahora estamos en un tramo un poco más despejado.

—Aflojemos un poco y miremos bien para no saltarnos el río—grita

Adriana.

Le digo que sí con la cabeza y vuelvo a mirar la aguja de la gasolina, podríamos parar y pedirle una poca a los militares, pero creo que con lo que me queda será más que suficiente para llegar a donde queremos. Vemos a algunos de ellos en pie junto a las tiendas haciendo guardia. Aina los saluda con la mano y ellos le devuelven el saludo provocando que Marc también alce la mano.

Nos arramblamos al arcén derecho durante el resto del trayecto, hasta que unos cuantos kilómetros después, vemos el camión volcado sobre el coche y nos paramos. Me bajo de la moto y me asomo para enfocar con la linterna desde arriba, recuerdo que el río que pasaba por aquí no era muy caudaloso y que, además, había bastante espacio en los laterales del túnel como para poder refugiarnos sin mojarnos. Cuando lo localizo, enfoco con la linterna hacia abajo para asegurarme de que no hay nada raro.

—Limpio—le digo a Adri cuando me aseguro de que el caudal del río no ha crecido lo suficiente como para desbordarse por los lados.

Más tarde le señalo un camino decente por el que bajar con la moto y desciende lentamente hasta situarse frente a la entrada del túnel, iluminando el interior con la moto para asegurarse de que no hay ninguna sorpresa. Nos hace un gesto de afirmación y se introduce dentro.

—Baja con Marc y métete dentro—le digo a Tatiana, que también ha bajado de la moto—esperaremos ahí a que la tormenta amaine.

Después de que ella baje también lo hago yo, pero, a partir de aquí, el camino ya es de tierra y está embarrado, como mis ruedas son de carretera y, además, están prácticamente lisas, en cuanto toco el freno al llegar abajo la rueda trasera se me va y no consigo controlar la moto, teniendo el tiempo justo de saltar antes de que se me caiga al suelo. Tatiana sale en mi ayuda mientras Loli baja con la suya.

—Cojamos la silla de Santi y olvidemos la moto, con esta por aquí no podremos seguir—le digo a Tatiana.

Loli deja su moto dentro del túnel y sale en nuestra ayuda. Entre las tres desatamos la silla con rapidez y nos ponemos a cubierto. Tatiana le quita la bolsa de basura con la que la hemos protegido del agua y la abre para poder bajar a Santi de la moto y sentarlo mientras esperamos.

—¿Alguien tiene hora? —pregunta Adri.

Loli mira su reloj de pulsera que podrá conservar mientras le aguante la pila.

—Son las cuatro.

—Todavía falta para que amanezca, montemos la tienda para meter a los niños y esperemos a que se haga de día—propone.

—Creía que íbamos a esperar a que aflojase la tormenta—comenta

Tatiana confusa.

—Eso también, pero ya que tenemos este refugio, esperaremos también a que haya algo de luz. Guiarse por la noche en el bosque es un riesgo que ya no necesitamos correr—digo secundando la propuesta de Adri—ahora ya no nos persigue nadie, por lo que no debemos correr riesgos innecesarios. Montaremos la tienda para ellos y mientras tanto, vosotras dos nos explicáis de una vez qué es lo que nos hemos perdido.

Mientras Loli y yo montamos la tienda, Adriana informa de la nueva situación a Martín y Tatiana reparte un poco de agua para todos y les da unas galletas a Marc y Aina.

—Voy a comenzar a bajar el camino—anuncia Martín.

—No—le decimos las dos a la vez—es absurdo que te arriesgues con la que está cayendo. No vamos a movernos de aquí hasta que no haya pasado el peligro, te avisaremos cuando salgamos y entonces comienzas a bajar. Si logramos que las motos lleguen hasta el inicio de la bajada, tan solo tendrás que esperarnos un rato—añado yo.

—De acuerdo. Estaré despierto y preparado.

Capítulo 16

23 de julio de 2024, martes
Adriana

El cansancio y el sonido de la lluvia cuando ha dejado de tronar, han propiciado que las cuatro nos hayamos quedado en un estado de duermevela a pesar del ambiente húmedo y de la incomodidad de estar sentadas en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Había dejado caer la cabeza sobre el hombro de Nagore y ella la suya sobre mi cabeza, así que al moverme, también la he despertado.

Cuando termino de desperezarme es cuando soy consciente de que ya se está haciendo de día. Me pongo en pie y salgo fuera de la cobertura del túnel. Todavía llueve, pero lo hace con muy poca intensidad, aunque lo más importante, es que por fin ha terminado la dichosa tormenta eléctrica.

—Arriba—les digo a Tatiana y a Nagore—ya es de día, hemos de aprovechar para salir.

Nos turnamos para salir a hacer nuestras necesidades y despertamos a los niños. Tatiana se ocupa de todo lo que Santi necesita, proporcionándole una botella vacía para que orine mientras nosotras terminamos de desmontar la tienda.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunto—con esta es imposible seguir—digo acariciando la goma de la rueda de la moto que llevaba Nagore.

—Tú llevarás a Santi y a Aina como anoche—le dice Tatiana decidida—y Loli que lleve a Marc en su moto, Nagore y yo iremos a pie con la silla de Santi, ¿te parece bien? —le pregunta a ella.

—Me parece genial—responde Nagore—avisa a Martín para que empiece a bajar, Adri—me pide—montamos a Santi y os marcháis.

—¿Y vosotras?

—Saldremos cuando os hayáis marchado.

—Muy bien, decidido—dice Loli, después observa las dos motos que usarán y se gira hacia nosotras—la de Adriana no tiene mucha gasolina y dudo que pueda volver, pero la mía tiene el depósito prácticamente lleno, creo que podré dar al menos un viaje de vuelta.

—Somos dos, Loli, y ninguna va a quedarse sola—le dice Nagore negando con la cabeza—no te preocupes por nosotras, ocúpate de que los niños lleguen bien, nosotras si vamos a paso rápido y sin parar, supongo que podemos llegar en cuatro horas, puede que algo menos.

—Muy bien, en ese caso nos vamos ya, quitaremos esta moto de la vista para que no llame la atención de nadie—dice cogiendo la mía y metiéndola bajo el túnel.

Yo miro el carro suspirando, todo sería mucho más fácil para ellas si pudiésemos llevarlo con las motos, a pesar de que por aquí es imposible, los pasos son estrechos y hay muchos baches, volcaría y corremos el riesgo de romper la silla de Santi. Cuando ya estamos montados en las motos y listos para salir, Nagore se acerca a mí para besarme.

—Recuerda aquellos campamentos donde ponía propiedad privada y no te acerques.

—Tranquila, creo que sé cómo bordearlos, tú haz lo mismo.

—Claro, cariño, nos vemos arriba.

Tras besarme los labios y la frente, Nagore se aparta y emprendemos el camino que nos llevará por fin a casa. Lo que ellas harán en cuatro horas caminando, nosotras podemos hacerlo en una con las motos. Recuerdo el camino bastante bien y cada vez tengo más claro que podemos llegar hasta el pie de la montaña. Le pido a Santi que se centre en mantener bien sujeta a Aina, a pesar de que la niña va sentada del revés, con sus piernas por encima de las mías abrazada a mi pecho como una garrapata.

Para mi sorpresa, a pesar de las circunstancias disfruto del trayecto. Hacía mucho tiempo que no montaba en moto y lo echaba de menos, y ahora que sé que nadie nos persigue, puedo permitirme el lujo de disfrutar del aire en mi cara y el ruido del motor rugiendo sin parar. Pasamos la zona donde vimos a aquella niña que se asustó con nuestra presencia, me desvío un poco para no pasar cerca de su campamento y al cabo de unos pocos minutos llegamos a la parte del camino que mejor estaba. Le señalo a Santi algunos detalles a nuestro paso, entre ellos uno de los pequeños cementerios improvisados que vimos, y poco después, veo por fin el inicio de ese caminito fatigoso y estrecho que conduce hasta la cima donde se encuentra nuestro búnker.

Me paro justo al lado y apago el motor mientras observo en todas direcciones en busca de Martín, cuya cabeza localizo unos metros a mi derecha.

—No sabes cómo me alegro de verte—dice emocionado lanzándose a mis brazos con tanto ímpetu que me cuesta mantener el equilibrio encima de la moto.

Mi amigo y yo nos apretamos con fuerza y cuando deshacemos el abrazo entorna los ojos para mirar a Aina, que se ríe en cuanto sus miradas conectan.

—Tú debes de ser Aina, ¿verdad? —la niña cabecea con contundencia y Martín le tiende los brazos para bajarla de la moto.

Después saluda a Santi con un apretón de manos y choca los cinco

con Marc, que se ha plantado a su lado con otra amplia sonrisa.

—Yo soy Loli—se presenta ella.

—Un placer, y gracias por cuidarlas—responde Martín.

Yo lo miro y le hago una suave caricia en la barba espesa y salpicada con algunas canas, parece que ha cumplido su palabra y no se ha afeitado desde que nos marchamos.

—Ahora ya puedes quitarte esto—sonrío dándole un tirón.

—No sabes las ganas que tenía, es súper incómodo, y a Blanca no le gusta nada—se ríe guiñándome un ojo.

Tras eso, extiende la camilla en el suelo y entre él y Loli bajan a Santiago y lo dejan sentado. Yo me bajo de la moto y cuando estoy poniendo el caballete escucho unos ladridos cada vez más cerca. Me giro de inmediato hacia su procedencia y veo a Iron salir de entre los árboles galopando hacia nosotros.

—¡Iron! —grito emocionada.

Al escucharme y reconocerme, acelera el ritmo todavía más y acaba saltando sobre mí golpeando mi pecho con sus enormes patas delanteras. Me abrazo a nuestro perro como si fuese un humano y le doy besos en la cabeza mientras mueve el rabo de forma frenética.

—Ha insistido en venir—se ríe Martín encogiendo los hombros.

—¿Lo puedo tocar? —pregunta Aina con timidez.

—Claro, cariño, es muy grandote, pero no hace nada.

Agarro a Iron del collar que le hizo Blanca para que no se eche sobre ellos como lo ha hecho conmigo. Marc y Aina se acercan con cierto recelo al principio, sin embargo, cuando ven que Iron se deja acariciar y no deja de menear el rabo, se relajan y acaban persiguiendo al perro por el campo.

—Bueno, ¿vamos allá? A ellos les sobra la energía, sin embargo, yo estoy deseando darme una ducha y dormir en condiciones—digo haciendo un mohín.

—Pues no se hable más.

Llamamos a los niños y les pedimos que suban el camino por delante de nosotros. Martín se pone delante cogiendo los dos extremos de un lado de la camilla, y Loli y yo detrás cogiendo uno cada una. Le pedimos a Santiago que se tumbe para estabilizar mejor el peso y cuando lo hace llega Iron y le da un lametón en toda la cara. Santi se ríe y le hace una caricia en la cabeza antes de que levantemos la camilla tratando de mantenerlo equilibrado en todo momento.

—Pensaba que pesarías más, Santi—bromea Loli—a este ritmo estaremos arriba en un pis pas.

Loli tiene razón en una cosa, el peso de Santi repartido entre los tres no supone gran cosa, el problema viene cuando empezamos a subir por el camino, que es tan estrecho que no cabemos las dos.

—Nos turnamos—le propongo—un rato cada una.

—De acuerdo, me quedo detrás por si necesitas algún empujón—dice sobrada, y justo en ese momento resbala con el barro y se cae de culo.

La miro tratando de aguantarme la risa, lo educado es preguntarle como está antes de reírme, pero tanto Santi como los niños, que se han girado de inmediato al escuchar el grito desesperado de Loli mientras caía, han comenzado a troncharse y Martín y yo no somos de piedra, por lo que acabamos riéndonos a carcajadas mientras ella escupe todo tipo de tacos por la boca antes de levantarse y darse la vuelta para intentar verse el culo.

—Parece que te hayas cagado, Loli—suelta Marc sin dejar de reír.

—Te vas a cagar tú como te pille, tira para arriba—Loli hace el amago de perseguirlos y los niños empiezan a correr hacia arriba entre gritos y risas que se mezclan con los ladridos de Iron, que se lo está pasando bomba con sus nuevos amiguitos.

Llegamos arriba hora y media más tarde, al estar el camino tan embarrado era prácticamente imposible avanzar sin dar un resbalón tras otro.

—Aquí no hay nada—dice Marc haciendo una mueca de disgusto.

Lo guiamos hasta el interior del panteón, y cuando ve como se abre la puerta, él y Aina se quedan con la boca abierta.

—Qué pasada—exclama Santi impresionado.

—¿A que sí? —sonríe Martín.

—¿Y ahora cómo lo hacemos? —pregunto preocupada.

La entrada es una escalera de hierro de doce peldaños demasiado estrecha para que entre dos podamos bajar a Santi.

—Fácil—responde Martín—he tenido tiempo para pensarlo y solo hay un modo sencillo y seguro de hacerlo. Lo llevaré a caballito—dice señalándose la espalda.

Santi, al que ya hemos dejado justo al lado de donde comienza la escalera, empieza a arrastrarse de repente para arrastrarse en el borde del primer escalón y colocar sus piernas dos escalones por debajo de su culo.

—Vale, perfecto así—dice Martín.

Martín desciende y se sienta entre las piernas de Santiago, el chico se echa hacia delante agarrándose al cuello de Martín y después él le coge las piernas por detrás de las rodillas y tras un leve impulso, se pone de pie.

—Voy a comenzar a bajar, ¿estás listo?

—Sí—responde Santi feliz.

—Nagore tendrá que fabricar algo que le facilite las cosas—pienso en voz alta.

Cuando llegan abajo, Martín se hace a un lado mientras espera a que bajemos.

—Yo primero—dice Marc.

—Vale, pero ten mucho cuidado y ve despacio.

No me ha dado tiempo ni de terminar la frase cuando ya tiene los pies en el primer escalón y comienza a descender. Tras él, baja Iron sin pedir permiso y luego bajo yo con Aina de la mano seguida de Loli.

Soy yo la que al llegar abajo coloca la palma de la mano en el lector para que se abra la puerta. Al otro lado encuentro a Blanca y casi salto sobre ella para abrazarla, me achucha con cariño y cuando me suelta voy directa hacia la alfombra donde está jugando Ezequiel y por poco me lo como a besos.

Martín y Loli sientan a Santiago en la silla de escritorio con ruedas que Blanca tenía prevista para él. Tras las presentaciones, Blanca nos ordena que nos sentemos a la mesa, donde ha preparado comida que los niños y Loli llevaban mucho tiempo sin probar. Yo miro el reloj de la pared y suspiro mientras calculo que a Nagore y a Tatiana les deben quedar un par de horas de camino.

—Las motos siguen donde las habéis dejado—dice de repente Martín—podemos bajar y conducir a su encuentro o hasta que se nos acabe la gasolina, así no vuelven solas todo el camino.

Miro a Loli y ella asiente.

—Ve a buscarlas, yo me ocupo de los niños.

—Claro—añade Blanca—cuando acaben de comer se darán un baño en condiciones y después podrán jugar con Iron y Ezequiel.

A pesar del cansancio acumulado, Martín y yo bajamos la montaña en tiempo récord, eso sí, cayéndonos de culo en más de una ocasión. Cuando llegamos abajo vamos directos a por las motos, Martín arranca la suya y su sonrisa se ensancha ampliamente. Antes de que pasase todo, él y yo nos pasábamos los días rodeados de motos, siempre nos han encantado, y a veces íbamos al circuito de trial del pueblo a quemar un poco de adrenalina a pesar de que a Blanca no le hacía mucha gracia.

—Cuando digas—dice Martín con una euforia que hacía tiempo que no le veía.

Acelero manteniendo el freno apretado y hago que la rueda trasera gire a toda velocidad salpicando a Martín de barro antes de soltar el freno y salir derrapando. Nos permitimos el lujo de disfrutar un poco de las motos por el campo que hay enfrente y enseguida nos incorporamos al camino para ir a buscar a Nagore y a Tatiana. El cielo se está oscureciendo y la lluvia se está intensificando, si sigue a este ritmo, pronto comenzará la maldita tormenta eléctrica.

Capítulo 17

23 de julio de 2024, martes
Nagore

—¿Crees que habrán llegado ya? —pregunta Tatiana cuando no hace ni dos horas que hemos salido, mientras cambia la mano con la que sujeta la silla.

—Si no han tenido ningún percance deberían. ¿Y si abrimos la silla y una coge por las empuñaduras y la otra por las ruedas? —propongo cambiando también de mano.

Hemos considerado que llevándola plegada iríamos mejor, pero resulta muy incómodo y los hierros se nos van clavando en las palmas de las manos.

—Vale.

—Vaya, mucho mejor—sonrío una vez lo hemos hecho—¿te puedo preguntar algo personal?

Tatiana me mira desconcertada y sonríe tras arquear una ceja.

—Supongo que con todo lo que hemos pasado juntas ya hemos alcanzado ese grado de confianza, adelante.

—¿Qué hay entre Loli y tú? —pregunto mirando hacia atrás para verle la cara.

—Uff, sabía que los tiros irían por ahí—sonríe sonrojada.

—Bueno, es que no pasa desapercibido, ¿estáis juntas?

—No, no—aclara nerviosa—que va, si ni siquiera ha pasado nada. Joder, tengo calor—dice deteniéndose un segundo y dejando la silla en el suelo.

A mí me da la risa al verla tan sofocada.

—¿No te ha besado? —pregunto disfrutando de la situación.

La lluvia se vuelve un poco más intensa y Tatiana extiende los brazos con las palmas hacia arriba para disfrutarla.

—¿Por qué crees que es ella la que debe besarme? Podría ser yo.

—Cierto, podrías, y te veo una mujer capaz de todo, pero deduzco que aquí la que tiene experiencia con mujeres es ella, no tú. ¿Me equivoco? —pregunto cuándo reanudamos la marcha.

—Nunca ha tenido nada serio con nadie, según me ha explicado, estaba muy metida en el armario.

—¿En serio? —pregunto realmente sorprendida, Loli no me parece una mujer de las que se esconden, sin embargo, las apariencias

engañan y debajo de esa fachada de mujer dura debe esconderse otra que ha sufrido mucho.

—Al parecer su familia era muy conservadora y nunca se atrevió a mostrarse tal y como era. Su hermana enviudó muy joven y se fue a vivir con ella. Ahora que ha fallecido, supongo que de alguna manera Loli se siente libre, y eso la atormenta, porque para ella es como si una parte de sí misma, se alegrase de su muerte cuando no es así.

—Son cosas complicadas, pero pensar que se alegra es absurdo y debes recordárselo siempre, porque Loli se ha desvivido por cuidar de su hermana. Nosotras lo vimos los días que estuvimos en su casa.

—Lo sé, en estos días hemos hablado mucho, diría que ni con mi marido hablaba tanto—se ríe—si te soy sincera, jamás he sentido un mínimo de atracción por las mujeres. Siempre me han gustado los hombres, no obstante, con ella siento algo que no consigo explicarme a mí misma. Si esto me hubiese pasado hace un par de años, seguro que habría sido una cobarde y me lo habría negado, porque quería a mi marido y tenía una vida sencilla y cómoda junto a él y Santi, una vida que me gustaba. Ahora, en cambio, no me da miedo, no porque ya no esté Ángel, es porque después de todo lo que hemos visto y vivido en los últimos meses, creo que la vida hay que vivirla y disfrutarla al lado de quién te hace sentir importante y feliz, y yo con Loli me siento así.

—Pero no os habéis besado—me burlo sin aguantarme la risa—¿cuántos años tienes, Tatiana?

—Cuarenta y ocho.

—¿Y ella?

—Cincuenta y tres.

—¿Y no crees que ya tenéis una edad como para estar dudando como dos adolescentes?

—Por supuesto, y te aseguro que he estado a punto de lanzarme varias veces, sin embargo, después de lo que sé de Loli y de cómo se siente, prefiero esperar a que sea ella la que dé el paso.

—¿Habéis hablado sobre el tema por lo menos? ¿Quiero decir, ella sabe que te gusta? —insisto como una cotorra.

—Sí, ella sabe que me gusta y yo sé que le gusto, hablamos sobre ello el otro día, pero no quiero dar un paso en falso y que se agobie. Todos vamos a convivir en ese búnker y prefiero no tener nada con ella a que haya una tirantez incómoda entre nosotras.

—Entiendo. La verdad es que me has sorprendido, de verdad que pensaba que Loli era de las que no se corta, una mujer de esas que va a por lo que quiere sin dudarlo un segundo.

—Y considero que lo es en cualquier ámbito de su vida, salvo en ese.

Perdida y concentrada en la conversación, me he limitado a

caminar confiada y cuando me quiero dar cuenta, a unos cuantos metros, veo el dichoso cartel de propiedad privada.

—Mierda—cabeceo resoplando.

—¿Qué pasa? —se alarma Tatiana.

—Me he despistado, no deberíamos haber venido por aquí. Hay un asentamiento en el que los forasteros no son bien recibidos.

Recuerdo en ese momento a aquella niña que salió corriendo cuando nos vio y como después hicimos nosotras lo mismo, dando un rodeo que nos hizo perder más de una hora.

—Pues volvamos hacia atrás y rodeemos esta mierda de sitio—dice muy segura—estoy demasiado harta de tantos contratiempos a diario y me gustaría, aunque fuese por una puta vez en las últimas semanas, que el día transcurriese sin sobresaltos.

Al escuchar su comentario pienso en la suerte que tuvimos Adriana y yo, y como consecuencia Martín y Blanca. Nosotros solo pasamos apuros y mucho miedo hasta que llegamos al búnker, una vez allí, nuestra vida ha sido fácil, hemos tenido comida y agua caliente cada día y prácticamente las mismas comodidades que teníamos antes. Mi único agobio, además de echar de menos mi trabajo y a mis amigos, es que no sé nada de mi familia desde entonces. Pero Tatiana, Loli o la mayoría de la gente, están viviendo en la precariedad y con la angustia de no saber si tendrán comida que llevarse a la boca al día siguiente. Hemos sido muy afortunadas, y por eso no me arrepiento en absoluto de haber tomado la insensata decisión de abandonar la seguridad del búnker para ir a buscar a Marc y Aina, gracias a eso, cinco personas más podrán dejar de preocuparse por sobrevivir a diario y empezarán una vida nueva en un lugar seguro.

—Vale, pues da la vuelta—le digo impaciente.

Tatiana se gira de inmediato y aceleramos el paso para volver al inicio del camino que acabamos de tomar y pasar por el otro lado, justo por donde tenía planeado ir de no haberme despistado con la conversación. No dejo de mirar atrás con la incómoda sensación de que alguien nos observa, sintiendo esa presión en la nuca. Sin decirle nada a ella para no alarmarla, sujeto la silla solo con una mano y con la otra cojo la pistola y la mantengo pegada a mi pierna hasta que salimos de la zona.

—¿Qué haces con eso? —pregunta Tatiana frunciendo el ceño.

—Es solo por si acaso, no me fío. Y no te detengas.

Tatiana suelta un gruñido y como no dispone de las dos manos para sujetar la escopeta, también coge una de las pistolas que le dio Loli y se pone en alerta. Caminamos en tensión durante algunos minutos, alternando la mirada entre todo lo que hay a nuestro alrededor y el cielo cada vez más encapotado.

—Parece que hoy la tormenta va a llegar antes—observa Tatiana

nerviosa.

—Pero todavía no lo ha hecho—el sonido de lo que nos parece una rama que se parte en el suelo cuando alguien la pisa, nos hace girarnos hacia un lado asustadas.

Las dos apuntamos hacia el lugar con la mandíbula tensa, esperando a que quien sea que haya sido salga de entre los árboles y nos ataque. Sin embargo, no sucede nada, durante segundos permanecemos así, el brazo me tiembla como cada músculo del cuerpo, yo opino como Tatiana, me gustaría que por un maldito día no sucediese nada raro ni angustioso.

—Sigamos—le digo a Tatiana—ya no falta mucho.

—¿Eso es verdad o lo dices para darme ánimos y que me relaje? —cuestiona haciendo un mohín.

—Quiero pensar que es verdad, llevamos caminando casi tres horas y lo hemos hecho a paso rápido. Cuando Adriana y yo emprendimos el viaje íbamos a un paso normal, y recuerdo que este punto no tardamos mucho en encontrarlo.

Algo impacta contra la silla haciendo un ruido sordo y metálico en ese momento. No soy capaz de adivinar lo que es, pero el golpe ha sido lo suficientemente fuerte como para asustarnos y que el corazón se me desboque otra vez. Las dos comenzamos a correr hacia el lado opuesto para salir del camino y buscar el refugio que nos proporcionarán los árboles. Noto otro impacto en la mochila y uno en el suelo cerca de mi pie. Nos están atacando con piedras, y no son pequeñas precisamente.

—¡Cúbrete la cabeza, Tatiana! —le grito sin dejar de correr.

Por fin llegamos a los árboles, pero la zona tiene una vegetación demasiado abrupta que nos hace moderar el ritmo. A pesar de ello, no dejamos de avanzar dando saltos para esquivar las ramas y todo lo que conseguimos ver a tiempo. En una de esas veces el pie se me engancha con algo cuando voy a levantarlo y caigo hacia delante de bruces, arrastrando conmigo a Tatiana, que cae a mi lado golpeándose la frente con la raíz de un árbol. Cuando me mira tiene una raspada importante en la frente que le sangra un poco.

—Solo queremos la silla.

Antes de que me dé tiempo a girarme noto como alguien tira de la silla tratando de arrancárnosla de las manos, afortunadamente, ninguna de las dos la hemos soltado y logramos que no nos la arrebaten. Cuando alzo la mirada veo a dos mujeres frente a nosotras que insisten en llevarse la silla. Tatiana golpea a una de ellas con la suela de la bota impactando en su espinilla, logrando que se aparte tras soltar un alarido de dolor. La otra saca el cuchillo más grande que he visto en mi vida y nos señala con él.

—Nos la llevamos por las buenas o por las malas, vosotras decidís.

—No te la llevas de ninguna puta manera—vocifera Tatiana apuntándolas con la pistola.

Las dos ponen cara de espanto y dan un paso hacia atrás. No comprendo nada, antes hemos apuntado hacia el lugar de donde procedía el ruido, pero parece que las dos estaban tan centradas en la silla que ninguna se ha percatado de las armas.

—Tira el cuchillo ahí—le digo apuntándola también con mi arma mientras me levanto del suelo.

La mujer obedece apuñalándonos con la mirada y da otro paso hacia detrás.

—Marchaos por donde habéis venido y no se os ocurra acercaros más a nosotras, como vuelva a veros os pego un tiro, ¿está claro? —amenaza Tatiana con tono glacial.

Las dos asienten y una de ellas recupera el cuchillo en un movimiento extraordinariamente rápido antes de salir corriendo con su compañera.

—¿Estás bien? —le pregunto a Tatiana todavía con el susto en el cuerpo.

—Sí, no es nada—se toca la herida y hace una mueca de dolor, no obstante, acepta mi mano cuando se la tiendo y la ayudo a levantarse —deberíamos haberlas matado—resopla malhumorada—podrían volver con ayuda y entonces no tendremos nada que hacer.

—Tal vez, pero todavía no he llegado a ese punto en el que me resulta fácil matar a otra persona, y espero que tú tampoco. Venga, vámonos ya por si acaso.

Tras beber un poco de agua, volvemos a coger la silla y nos ponemos en marcha. No pasan ni quince minutos cuando escuchamos el ruido de unos motores y las dos nos miramos sin alarmarnos, porque cuanto más cerca se oyen mejor reconocemos el sonido como el de las motos que se han llevado Adriana y Loli. Miro en todas direcciones para asegurarme de que nadie nos está siguiendo y aprovecha la distracción para atacarnos cuando por fin vemos aparecer las dos motos conducidas por Adriana y Martín.

—Joder, cómo me alegro de verlos—digo sonriendo.

Mi novia y mi amigo se detienen a nuestro lado y me abrazo a Martín besándolo en la mejilla barbuda.

—¿Qué hacéis aquí? —le pregunta Tatiana a Adriana después de saludar a Martín—habíamos quedado en que nadie más se arriesgaría.

—Por la pinta que tiene tu cabeza está claro que no ha sido un camino de rosas para vosotras, ¿qué te ha pasado? —pregunta Adri preocupada.

—Dos mujeres han aparecido de la nada y nos han atacado lanzándonos piedras, creo que pertenecen al campamento y es posible que nos estén siguiendo—comento mirando hacia atrás.

—Estáis más cerca de lo que pensábamos, estoy seguro de que si repartimos un poco la gasolina de las dos motos podemos llegar a la base de la montaña sin problemas—comenta Martín bajando de la suya.

Adriana cabecea pensativa como si valorase lo que comenta Martín y también se baja de la suya.

—Dadnos dos minutos, vosotras vigilad que no aparezca nadie.

Mientras nosotras lo escaneamos todo con la mirada, Martín utiliza el tubo de la cantimplora de Tatiana para introducirlo en el depósito de la moto que más gasolina tiene y succionar hasta que el líquido sale, entonces coloca el otro extremo en el depósito de la moto de Adriana y deja que el líquido caiga hasta que le parece suficiente.

—Venga, con esto llegamos. Subid.

—¿Y la silla? —se preocupa Tatiana.

—Sube conmigo, Nagore, entre los dos la llevamos—me pide Martín.

Y lo hacemos, plegamos la silla y entre los dos la sujetamos pegada a nuestros cuerpos por el lado izquierdo. Martín controla la moto con una mano y en cuestión de quince minutos llegamos a la base del camino.

Si antes el cielo estaba encapotado ahora está completamente negro y se está levantando un aire cada vez más fuerte y molesto que hace que la lluvia nos impacte de lado y se nos clave en la piel como si fuesen alfileres. Tatiana y yo nos bajamos de las motos y Adriana y Martín deciden que las suben hasta la montaña para no dejarlas ahí tiradas delatando nuestra ubicación.

Apartándonos a un lado, los dejamos pasar y vemos asombradas como los dos suben derrapando y patinando en varias ocasiones, pero sin perder el control de las motos en ningún momento. Cuando ya no hay riesgo de que nos salpiquen con los miles de pegotes de barro que salen disparados a su paso, cogemos la silla y encaramos el último tramo de nuestro viaje con una amplia sonrisa a pesar de que la subida se convierte en algo infernal debido a lo embarrado que está todo.

—Último empujón—dice Adriana cuando llegamos por fin a la cima.

Martín nos coge la silla y los cuatro corremos hacia el panteón cuando el primer trueno anuncia con su rugido el comienzo de la tormenta.

Capítulo 18

24 de julio de 2024, miércoles
Tatiana

Todavía no me puedo creer que haya podido dormir del tirón toda la noche. Ayer cuando Nagore y yo llegamos y entré en el búnker me faltaba el aire. No terminaba de creerme que mi hijo estaba por fin a salvo, que tenía comida y que ya no iba a quedarse solo si a mí me pasaba algo. Rompí a llorar y nada podía consolarme, me entró un ataque de ansiedad que únicamente se me pasó cuando Loli me estrujó con fuerza entre sus brazos y me prometió que a partir de ese momento ella estaría conmigo y que no iba a permitir que nos sucediese nada a ninguno.

Después me acompañó al baño, se ocupó de limpiar mi herida y al acabar salió fuera a esperar mientras yo me daba la primera ducha de agua caliente después de año y medio. Cuando abrí la mampara completamente desnuda, la encontré parada frente a mí mirándome. Sentí que me estremecía de gusto únicamente por su modo de observarme y Loli decidió que ese era el mejor momento para nuestro primer beso y también para hacerme el amor allí mismo, de pie, con la espalda pegada a la pared y la entrepierna chorreando de anticipación.

—No podemos vivir aquí si queremos intimidad—me susurró cuando terminé de correrme, estaba tan relajada tras el orgasmo que no acabé de comprender a qué se refería hasta que esta mañana hemos salido todos los adultos al exterior para charlar sobre nuestro futuro sin que los niños estén delante.

—Voy a reconstruir esta casa—dice Loli cuando Martín, Blanca y las chicas nos llevan hasta las ruinas que hay cerca del panteón.

—¿A reconstruirla? —pregunto perpleja observando el lugar.

Conserva el techo en buen estado y las paredes laterales, pero gran parte del interior está totalmente derruido y lleno de escombros, por no hablar de que la pared frontal es casi inexistente.

—¿Y puedo saber cómo cojones piensas hacer eso? —insisto sin salir de mi asombro.

—Como se hacía antiguamente, Tati, con agua, barro y tiempo, y aquí tiempo me sobra.

Miro a Nagore esperando que le diga que está loca, sin embargo, la

ingeniera observa toda la estructura y tras chutar un par de cascotes con el pie, alza las cejas y cabecea afirmativamente.

—Se puede hacer, toda la infraestructura sigue intacta y, a pesar de los años se mantiene estable, con parte de los propios escombros que hay por aquí y quitando todo lo que sea útil de las otras edificaciones se podría hacer.

—Si buscabas una aliada en ella lo llevas mal—se ríe Adriana colocándose a mi lado—cualquier cosa que le suponga un reto le llama la atención, en cuanto termine de acondicionar el búnker a las necesidades de Santiago y le fabrique el esqueleto, la veo aquí fuera colocando piedras con Loli.

Anoche cuando terminamos de cenar y los niños ya estaban todos durmiendo, Nagore cogió una libreta en la que dibujó un par de esbozos de cómo era la plataforma que pensaba adaptar a la escalera para que Santi ni siquiera tenga que bajarse de la silla para subir y bajar por ella, también dibujó las barras que van a colocar en el baño y por último el esqueleto para que Santi se ponga de pie. Ella y Martín estuvieron debatiendo durante una hora de dónde podían sacar todos los materiales que necesitaban mientras yo me aferraba a la mano de Loli con fuerza tratando de aguantarme las ganas de llorar de felicidad.

—Basta con hacer una sala diáfana—comienza a elucubrar Loli en voz alta mientras se pasea sobre los cascotes—con una chimenea ahí que a la vez servirá de cocina. Podemos hacer una mesa, sillas y una cama para nosotras y otra para Santiago con madera.

Cuanto más explica lo que quiere más atractiva me parece la idea, que cuente conmigo y con mi hijo sin tan siquiera preguntarme es algo que en lugar de molestarme me llena de felicidad. Empiezo a imaginarlo todo cuando esté acabado y de repente me contagio de su entusiasmo y me muero de ganas de ayudarla para que podamos vivir aquí los tres. Loli tiene razón, por muy acogedor que es el búnker, se hace pequeño para tantas personas y tantas parejas, si acabamos esto como están diciendo ella y Nagore, podríamos estar muy bien aquí.

—La putada es el baño—suelta cortándome el rollo.

—Si de verdad queréis vivir aquí fuera podemos solucionar eso—explica Nagore—para el agua de la ducha o para cocinar, colocaremos un sistema de recogida de aguas pluviales, no es muy difícil, en cuanto a los desagües, que supongo que es lo que te preocupa, el de la cocina haremos que salga directamente fuera, ya te explicaré como. Para el baño cavaremos un agujero lo suficientemente ancho como para que quepa un bidón de plástico de doscientos litros de los que tenemos en el invernadero, le cortaremos la base y lo introduciremos en el agujero a unos dos metros de profundidad. Una vez hecho, buscaremos un tubo rígido que irá desde la zona del desagüe hasta el bidón y el agua

se filtrará en la tierra sin problema.

Cuando termina de hablar los cinco la estamos mirando con los ojos como platos.

—No es complicado—sonríe sonrojada—solo hemos de preocuparnos de conseguir los materiales, habrá que hacer más de una excursión por ahí—se encoge de hombros.

—Que habrá que aprovechar para conseguir algo de ropa para Marc y Aina—añade Blanca—Santiago puede ir haciendo con cosas de Martín, pero para ellos no tenemos nada.

—También hay que hablar de la comida, con lo que hay ahora tendremos para unos seis meses, no podemos esperar a que se acabe, hemos de ponernos manos a la obra ya—dice Martín—no se puede sobrevivir siempre a base de las hortalizas del huerto, necesitaremos proteínas.

—Aquí fuera hay mucho bosque—dice Loli mirando en derredor—tiene que haber muchas clases de animales, podemos fabricar trampas, buscar madrigueras de conejos y hacerlos salir con humo, colocar redes para cazar pájaros o coger caracoles cuando llueva. Esto que se me ocurra ahora, pero cuando me dé cuatro vueltas por aquí seguro que se me ocurren más cosas, hay un montón de posibilidades en este sitio, tu padre lo eligió muy bien—le dice a Adriana.

—En ese caso podemos organizarnos y hacer un cuadro de tareas—propongo sintiendo que si trabajamos en equipo podemos conseguirlo.

—Exacto—aplaude Martín—aunque por ahora descartaremos las excursiones más allá de nuestra montaña, parece que las tormentas eléctricas por las tardes nos van a acompañar durante unas cuantas semanas, nadie se irá a ninguna parte hasta que el tiempo vuelva a estabilizarse un poco.

—Yo puedo ocuparme de fabricar trampas y colocarlas por las mañanas—se ofrece Loli.

—Yo me pido a los niños—alza la mano Blanca haciéndonos reír.

—Yo te ayudo—le digo a Loli.

—Martín y yo estaremos ocupados fabricando cosas con la ayuda de Santi—añade Nagore.

—Vale, yo cocino—acepta Adriana torciendo el gesto—pero solo hasta que todo se calme.

En ese momento, Iron pasa por delante de nosotros galopando a toda velocidad y nos quedamos callados, contagiándonos de la felicidad y la despreocupación del perro. Martín pasa un brazo sobre los hombros de su mujer, Nagore se coloca detrás de Adriana rodeando su cintura y yo cojo a Loli de la mano mientras pienso en que por muy negras que se pongan las cosas, nunca hay que tirar la toalla. Yo me mantuve ahí, haciendo lo que había que hacer para ayudar a mi hijo y, como recompensa, ellas aparecieron para darnos

otra oportunidad por la que les estaré eternamente agradecida.

FIN